

LA NOCHE DE AMERICA AGONIZANTE

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA NOCHE DE AMERICA AGONIZANTE

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

324 — Antiplaneta - *Glenn Parrish.*

325 — El señor del fuego - *Clark Carrados.*

326 — ¿Me das fuego, marciano? - *Joseph Berna.*

327 — Kamikaze espacial - *Ralph Barby.*

328 — Plasma viviente - *Marcus Sidereo.*

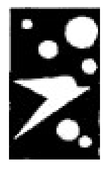
CURTIS GARLAND

LA NOCHE DE AMERICA AGONIZANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 329

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 36,683 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona –
1976

El Hombre es el único ser viviente que puede cambiar su propio destino.

Bertold Brecht

PROLOGO

Creo que nunca sucedió ni sucederá nada parecido.

Entre otras cosas, porque todavía ignoro si sucedió realmente, si *está* sucediendo *ahora,* o si sucederá alguna vez... o. jamás llegará a suceder. Sé que todo esto no tiene sentido. O no parece tenerlo. Es simple apariencia. En realidad, *tiene* sentido. Un terrorífico e increíble sentido...

Todavía estoy preguntándome si algo así puede ser posible. Y, sobre todo, ¿por qué tuve que ser yo, precisamente *yo,* quien tuviera la tremenda e inaudita responsabilidad de que el mundo dependiera de mí. Nada, más que de mí. Todo el mundo... quizá no. Pero si América muere... ¿no será como morir todos los demás un poco? ¿No significará el principio del fin para todos nosotros, seamos de donde seamos y estemos donde estemos?

Lo cierto es que el destino tuvo que elegir a una persona. Y ésa fui yo.

Yo tuve que enfrentarme al trágico dilema. Jugarme mi vida a una sola carta. Y si sólo hubiera sido la mía… Pero sabía que detrás de mí, estaban los demás. El mundo. Precipitarme, intentar algo suicida, sería como el suicidio del mundo entero. O de casi todo el mundo, para ser más exactos. Ni siquiera me cabía la solución de actuar a ciegas o hacer algo desesperado. No era mi existencia solamente lo que se jugaba en la terrible partida. Era la de todos nosotros.

Aun ahora, me pregunto por qué acepté. Y no encuentro respuesta fácil. Es como interrogar a una esfinge que jamás tuvo voz para responder. Que oculta, enigmática, los grandes enigmas que llega a conocer. No. No tuve respuesta.

Pero acepté. Y eso es lo que cuenta. Acepté, y me enfrenté a ese destino mío con un escalofrío de horror. Me hundí en una noche infinita y atroz. La noche más terrible de todos los tiempos.

Justamente la noche en que América agonizó. La noche en que los Estados Unidos empezaron a morir en una agonía breve y alucinante…

Era una misión dantesca. Imposible. Creo que cuando acepté, estaba seguro de que no lograría nunca lo que ellos querían.

Pero yo era el hombre elegido por una de sus malditas computadoras. Un frío cerebro electrónico, hecho de millones de circuitos y células mecánicas, había dado su helada e insensible respuesta a la pregunta formulada por los técnicos. La cibernética actuó con su normal desapasionamiento. Funcionaron sus circuitos, recurrió a su «memoria», repasó los datos programados sobre más de dos mil hombres especializados en misiones virtualmente imposibles.

Y finalmente, despidió una tarjeta perforada, para el «lector» electrónico. Este registró el código previsto, y tradujo los datos obtenidos a un simple grupo de letras que formaban, en el verde lívido de la pantalla electrónica, un nombre y un apellido:

STAN ZODIAK

Y Stan Zodiak… *era yo.*

Stan Zodiak, agente QY-1003, de Seguridad Nacional, División de Servicios Especiales. Esa es mi ficha completa como miembro del Departamento de Investigación

Superior, o SID, como son las siglas por las que es conocido[1].

La División de Servicios Especiales, encuadrada dentro del Cuerpo de Seguridad Nacional, era la más extraña y compleja de todas. También la más selecta y difícil. Ascender a uno de sus puestos, ya fuese como dirigente o como simple miembro de su plantilla de Agentes Especiales del Código QY, era ya de por sí una auténtica hazaña.

Por ese lado, no podía quejarme ni protestar. La máquina había usado de su simple frialdad de cálculo, sin dejarse guiar por preferencias, sentimentalismos o amistades. Así se trabajaba allí. En lo profesional, no había camaradas. En lo oficial, cada hombre del Departamento era como una computadora más. No se tomaban decisiones, salvo en los altos cargos. Lo demás, estaba en manos de la fría disciplina de las computadoras. Y las cosas parecían ir bien así. No había motivo para cambiar.

Mi nombre pasó de la pantalla electrónica a una grabadora de informes especialmente dispuestos para su transmisión urgente a la oficina ejecutiva. Minutos más tarde, mi comunicador me informaba escuetamente mediante una grabación, que debía personarme lo antes posible a mi Jefe de Sección, por orden del Ejecutivo de la División de Servicios Especiales.

«Persónese en el acto ante W., en su despacho de Jefatura de Sección. Es una orden directa del Ejecutivo. Stan Zodiak, agente QY-1003, persónese sin pérdida de tiempo ante W.»

Ese era el mensaje. Ningún agente podía demorar su respuesta a una orden semejante. El Ejecutivo era respetado por todos. Casi temido. De él dependían nuestros ascensos, nuestro futuro. Y, sobre todo, nuestra posible eliminación de la SID, a la menor desobediencia o error. Allí se pagaba bien. Muy bien. Pero uno debía corresponder a ello con dedicación absoluta, obediencia ciega y disciplina severísima. En realidad, muchas veces había pensado que lo que la SID obtenía de nosotros por un elevado sueldo y unos seguros sociales realmente envidiables hasta para un ministro, no eran nuestros servicios laborales, sino nuestra propia persona. Nuestra vida, en suma.

Pero eso era algo que, en nuestro fuero interno, ya lo sabíamos todos. Y lo aceptábamos como era. De modo que no era cosa de reprocharles nada. Lo lógico era aceptar las cosas como eran. Y eso es lo que hacía yo. Y conmigo, todos los demás agentes de la organización.

De modo que acudí en el acto a presencia de W. No podía ser de otro modo.

W. Era el nombre-clave de mi jefe inmediato. La verdad es que jamás he sabido realmente cómo se llama. Supongo que eso forma parte del sistema de seguridad. Pero puedo afirmar que, cuando menos W., era humanamente, mucho más que la letra de un código. Tenía aspecto bonachón, era sólido, corpulento y de rostro afable, aunque todo ello con una inquisitiva, fría mirada gris, que yo creía capaz de taladrarle a uno hasta el más remoto rincón del subconsciente.

Cuando estuve en su presencia, yo ignoraba todo lo relativo a la computadora, pero lo sospeché al descubrir en sus manos una ficha plástica con las cifras-clave del código de lectura electrónica. Eso quería decir que mi nombre había sido escogido por alguna razón, a través de los mecanismos impersonales de la cibernética. Me pregunté para qué, en concreto.

No tardé en saberlo, El mismo me lo dijo, examinándome con su peculiar fijeza, aunque con una sombra de sonrisa en sus labios:

—Zodiak, ha sido usted elegido. No sé si felicitarle... o compadecerle, amigo mío.

Sus palabras no resultaban precisamente alentadoras, ni mucho menos. Me incliné hacia él, preocupado.

—¿Elegido? ¿Para qué, señor?

—Para una misión especial. Especialísima. Yo diría que... que es la más extraña misión que jamás hombre alguno haya podido recibir en toda la historia del Servicio Secreto.

—Si desea intrigarme, ya lo ha logrado. Si quería preocuparme, también —manifesté con sequedad—, ¿De qué se trata?

Me estudió con aire dubitativo. Lanzó un suspiro. Y me espetó:

—De salvar a América. Al mundo, quizá. De momento, sólo a

América. Ya es suficiente, ¿no le parece?

—Supongo que sí —admití, perplejo—, ¿Yo *solo* he de salvar a América?

—Eso es. Usted solo.

—¿De qué se supone que debo salvarla?

—Del desastre total. Del fin de los Estados Unidos y, de rechazo, el fin de México, de Brasil, Argentina, y todos los demás países del Continente. En suma: América entera.

Emití un silbido entre dientes. Sacudí la cabeza,

—No parece obra para un hombre solo, señor —objeté.

—No lo es— sonrió—. En eso, estamos de acuerdo. Lo estoy yo, lo está el Ejecutivo… Todos. Pero no hay otra salida. No existe otro medio. Ha de ser usted solo. Sin ayuda de nadie, Zodiak.

—¿Por qué, señor? Existen otros muchos agentes de primera fila en la División de Servicios Especiales…

—Claro. Pero ha de actuar solo. Es inevitable, créame.

—Me veo obligado a creerle, señor. Por disciplina y porque le conozco. Usted no me mentiría.

—¿Mentirle? No, amigo mío. Y menos aún en un asunto tan serio…

—Esto cada vez me pone más halagüeño —gemí—. Empiezo a tener miedo, aun sin saber de qué se trata..

—Lo tendrá mucho más cuando lo sepa,

—Cielos, de una vez por todas, señor… ¿Qué es lo que debo hacer yo… para salvar a América?

—Lo sabrá muy pronto. Pero de momento, puede bastarle con algo: debe usted matar a alguien. Matar a sangre fría a un ser humano.

—¿Matar? Eso suena muy fuerte, señor. Sobre todo, a sangre fría…

—Un agente especial debe estar siempre dispuesto a matar. Usted lo sabe. Pero se exige siempre que sea como última solución, y siempre en legítima defensa, o en defensa del país. Este caso es diferente. Usted, Zodiak, debe ASESINAR a una persona. Ese es el nombre exacto de la misión que se le asigna, sin falsos subterfugios.

—Asesinar... Pero... *¿a quién*, señor? —murmuré, lleno de incredulidad—. Yo no soy un asesino. No puedo serlo. Sin embargo, me quieren exigir eso ahora. Al menos, debo saber el motivo y la persona, antes de decidir si acepto o no.

—Tiene que aceptar, Zodiak. O abandonar inmediatamente la organización. Y usted sabe lo que eso significaría...

—Claro que lo sé. Mi ruina humana y laboral. Ya nunca sería el mismo. La propia organización me haría la vida imposible, me cerraría puertas...

—Exacto. Este trabajo es despiadado. Usted lo sabía al entrar aquí. No hay más que dos caminos para un agente nuestro: obediencia... o fracaso total en la vida. Yo, en su lugar, no dudaría en elegir.

—Nunca he dudado. Nunca he desobedecido una orden. Pero asesinar... Dios mío, ¿por qué? ¿A quién?

—Le diré una sola cosa. La última que usted me pregunta, amigo mío. Zodiak, esta persona, la designada para que usted la ejecute fríamente y sin demora... *es un niño de ocho meses de edad...*

PRIMERA PARTE

LA INCREIBLE MISION

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué te sucede, Stan?

—Nada, querida...

—¿Nada? —ella me miró, con cierta sorpresa y perplejidad—. Stan, no puedes engañarme. No a mí. Algo te ocurre. No sé lo que es, pero estás preocupado. Hondamente preocupado.

—¿Yo? —me encogí de hombros. Traté de contemporizar—. Bueno, siempre existen motivos de preocupación. Mi trabajo no es precisamente fácil, tú lo sabes. Te advertí de sus problemas antes de que concertáramos la fecha de nuestra boda, Opale.

Opale me estudió larga, pensativa, acaso tristemente, no sé. Su voz era queda y serena cuando me respondió, sin prisa alguna, pausadamente:

—Claro, Stan. Sé cuál es tu trabajo. Convinimos en no mezclar nunca nuestra vida privada en él. Yo cumplo mi parte. Pero ¿y tú? ¿Cumples realmente la tuya? ¿Te crees capaz de desligar tu vida profesional de la puramente sentimental y humana?

—No —suspiré, sincero—. Creo que no. Hoy, no. Lo admito, Opale. No me siento capaz de desligarme de nada profesional hoy. Al menos, ya te digo: no *hoy*.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de diferente este día de los demás? —se sorprendió ella.

—Prefiero no decírtelo —murmuré—. No lo entenderías muy bien. Además, tampoco puedo hacerlo. Es materia estrictamente

reservada. Secreto profesional. Alto secreto, para usar el lenguaje oficial en estos casos.

—Muy bien. Respeto todo eso. Sabes que así lo convinimos cuando decidimos ser marido y mujer. Y eso va a ser la próxima semana, tal como fijamos. Por otro lado, prometimos acudir hoy a la fiesta familiar de mi hermana Karyl.

—¿Fiesta familiar? —parpadeé, sorprendido. Luego, recordé borrosamente algo, y me pegué con la palma de la mano en la frente —. Cielos, es verdad. Lo había olvidado por completo.

—Bien. Pues ya te lo he recordado. Es esta tarde. Karyl y su marido lo tienen todo a punto. Asiste todo el vecindario y amigos. Será una fiesta amable y divertida. ¿No te preparas ya, Stan? Si nos demoramos un poco, llegaremos tarde...

—Verás, Opale. Yo... —vacilé. Cielos, ¿cómo explicarle todo aquello? ¿Cómo decirle que no podía ir en modo alguno a esa fiesta familiar, que tampoco podía casarme con ella la semana siguiente? ¿Cómo salir de aquel tremendo dilema con un mínimo de decencia? Era mi palabra. Y me veía obligado a faltar a ella de un modo flagrante, con mi propia novia, con mi futura esposa. Y con toda su familia. Era embarazoso, lo sabía. Pero existían cosas que un hombre no podía alterar por mucho que se obstinara en ello. Una de esas cosas, era una orden del Ejecutivo de la SID, División de Servicios Especiales.

—Tú... ¿qué, Stan? —me preguntó ella con ojos muy abiertos, con evidente preocupación en ellos, quizá incluso con una cierta nota de agresiva hostilidad involuntaria.

—Yo..., lo siento mucho, pero... Oh, Opale, trata de comprender, por difícil que te resulte... ¿Qué es, después de todo, lo que hoy celebra tu familia?

—Lo sabes muy bien —¿era imaginación mía, o la voz de Opale ahora era tremendamente fría y distanciada?—. Neil va a ser bautizado en familia... Hasta ahora no fue posible por la enfermedad gravísima de mi hermana. Mi sobrino recibirá su nombre de pila en una sencilla ceremonia privada. Es el pretexto para reunimos todos en torno a la criatura...

—Oh, Neil... —me estremecí. «Cielos, un niño», pensé, casi con un escalofrío. Porque hasta entonces, la palabra *niño* había sido para mí símbolo de muchas cosas tiernas y entrañables, pero nunca motivo

de preocupación o de horror. Y ahora, de repente, todo era distinto. Incluso con el pobre y pequeño Neil, mi sobrino, el hijo de la hermana de Opale. No era justo. No debía ser así. Pero yo no podía evitarlo ya. La palabra «niño» me producía horror. Sacudí la cabeza. Me sabía vigilado, con una mezcla de asombro y de disgusto por mi prometida. Pese a ello, tuve fuerzas suficientes para pronunciarme de un modo rotundo, concreto, definitivo—: No, Opale. Lo siento, querida. No puedo hacerlo. No iré a ese bautizo.

—¿Qué? —parpadeó ella, atónita.

—Bíselo a Karyl y a Bert. Diles que no puedo ir. Que lo siento por... por el niño..., por Neil, claro. Diles que le enviaré un regalo. Que iré a pasar un día con ellos en cualquier momento que esté libre... Pero hoy..., hoy no me es posible. Existe una misión especial a realizar. Yo tengo que ser el encargado de llevarla a efecto. Debo reunirme con mis jefes. No me verás en todo el día, Opale. Lo lamento...

—Stan... ¡Me prometiste venir! —gimió ella—. ¡Fue tu palabra! ¡Aseguraste que pedirías un permiso especial, fuese cual fuera la tarea a desempeñar, aunque sólo fuera por unas horas.

—Lo sé... Pero las cosas han cambiado de repente. No... no puedo explicártelo, tú lo sabes. Tampoco lo entenderías, posiblemente. Yo..., yo mismo tampoco lo acabo de entender demasiado bien, pero así están las cosas. Debes disculparme. Me iré ahora, dentro de veinte minutos. No creo que vuelva pronto, Opale.

Mi prometida era una persona abatida y dolida cuando se enfrentó conmigo. Su rostro, una pálida máscara de disgusto y decepción. Su voz sonó áspera:

—Stan, si haces algo así... Si defraudas a Karyl, a Bert, al propio Neil, con todo lo pequeño que todavía es... y a mí, sobre todo *a mí*... va a ser muy difícil que las cosas sigan igual entre nosotros. Y, por tanto, no sé lo que sucederá la próxima semana, con la fecha de nuestra boda.

—¿Qué quieres decir? —la miré, alterado.

—Lamento ser tan dura contigo, Stan, pero seré sincera. Terriblemente sincera. Si hoy me fallas de ese modo, vete olvidando de la fecha de nuestra boda. Anula ese día para la celebración del matrimonio, Stan. No es fácil que me encuentres en la capilla...

—Opale, tu decisión es cruel, por lo que significa para mí, pero..., pero aún no te había dicho lo peor...

—¿Lo peor? —me contempló, perpleja, desorientada—. ¿Es que aún puede haber algo peor, Stan?

—Sí —resoplé, evitando mirarla. Me puse en pie. Me encaminé a la puerta de su confortable, sencilla vivienda rodeada de jardines en aquella zona residencial de la gran ciudad. Ya de espaldas a Opale, creo que me atreví a pronunciar las palabras que más temía, y que ella misma, con su actitud, me había facilitado—: Opale, tengo una misión especial. Especialísima. Es quizá la más importante de mi vida. Así me lo han dicho mis superiores. Y no admite demoras ni puede ser rechazada bajo pretexto alguno. Por desgracia..., el período de tiempo que pueda llevarme, es inconcreto. Nadie puede determinarlo. De momento..., de momento, por orden rigurosa de mi Departamento... no puedo concertar mi boda en toda la próxima semana. Ni en todo el próximo mes.

—¿Qué... qué dices, Stan? —oí su voz débil, quebrada, llena de asombro y decepción.

—Lo lamento muy de veras, Opale, querida —mi tono se mostró firme, casi duro en ese instante—. Después de todo, tampoco tú querías casarte ya conmigo en la fecha prevista. No hago sino facilitarte las cosas. No podrá ser esta semana inmediata. Ni tampoco en las siguientes. Así, ambos estamos de acuerdo. Tú, por propia voluntad. Yo, por decisión superior. No se puede decir que tengamos nada que reprocharnos mutuamente en esta ocasión, ¿no es verdad, cariño?

—¡Stan! —me llamó, con su reciente orgullo brutalmente roto, casi a punto de convertirse en raudal de sollozos—. Stan, espera, por favor...

No creí conveniente esperar. Ni siquiera conducía a nada. Salí de la casa. Creí oír su sollozo inicial cuando me alejaba por el sendero de grava del jardín, bajo el suave atardecer.

Esta tarde no iría al bautizo de mi futuro sobrino Neil. No sería su padrino, como estaba previsto. Y no era culpa mía.

Tampoco sería, al cabo de seis o siete días, el marido de Opale. Repentinamente, las cosas habían cambiado demasiado. Me sentía hundido, amargado y dolido por muchas cosas. Pero no con el Departamento en primer lugar, sino con la propia Opale y su

incomprensión de aquel día.

No quise pensar más en ello. Ni siquiera en Neil, mi pequeño y futuro sobrinito. El también contaba pocos meses de edad ahora. Como tantos y tantos niños de aquella ciudad y del país todo, y del mundo entero.

No quise pensar en los niños. Porque todavía bailaba en mi mente aquella idea terrorífica e increíble. La posibilidad de tener que asesinar a sangre fría a un niño de sólo ocho meses de edad, fuese quien fuera, sobrepasaba todo lo imaginable.

Y, sin embargo, yo sabía que no era ninguna broma. No podía serlo. En mi Departamento nunca se bromeaba. Y menos con cosas así. Una computadora, fría y despiadada, la muy maldita, había decidido que YO, y solamente yo, era capaz de llevar a cabo la execrable misión de ASESINAR A UN NIÑO DE OCHOS MESES DE EDAD.

Pero ¿a quién? ¿Por qué? ¿Cuándo y dónde?

Eran cuatro preguntas sin respuesta. Esperaba que el Ejecutivo Tres me diera su respuesta a ello esta misma noche.

Con esa relativa esperanza, mis pasos me conducían de regreso a las instalaciones secretas de la SID.

¿Estaban allí esas respuestas, realmente? ¿Explicarían ellas, por sí solas, la razón de tan monstruosa decisión sin precedentes?

Confiaba en ello. No mucho, pero confiaba.

Poco tiempo después, esa leve esperanza mía, se había disipado por completo. Y me enfrenté a la más dantesca interrogante, al misterio más horrible e inexplicable que jamás hombre alguno ha visto presentarse ante sí desde que el mundo es mundo…

* * *

—¿A quién? ¿Por qué? ¿Cuándo y dónde?

Eran las mismas preguntas. Las mismas que yo me había formulado a mí mismo antes de llegar a los secretísimos

departamentos de la División de Servicios Especiales, en los sótanos impenetrables de la SID.

Las estaba formulando ahora a mis jefes. Mientras tanto, contemplaba el pálido, anguloso, aguileño perfil del Ejecutivo Tres, excepcionalmente presente en la asamblea especialmente dispuesta en aquella cámara secreta de las instalaciones subterráneas del Centro. Como buscando en él una respuesta, antes de que su voz pudiera dármela,

Pero me sentí defraudado. Ni su rostro fue expresivo entonces en lo más mínimo…, ni sus palabras tampoco, en la larga y tensa pausa que siguió a mi pregunta.

—Me gustaría poderle responder a todo eso, agente QY-1003 —dijo con lentitud, empezando a girar hacia mí su rostro, helada su expresión, indescifrable su tono de voz, duros y fríos sus grises ojos taladrantes—. De verdad me gustaría, porque ello significaría que yo sé más, mucho más, de lo que realmente conozco en estos momentos.

—Pero imagino, señor, que debo comenzar mi tarea con algún indicio, algún objetivo muy concreto, que me aclare mi futura actitud… —protesté—. No se puede enviar a un hombre con la misión de matar a una criatura de ocho meses, sin explicarle las altas razones que pueden mover a una organización tan poderosa como la nuestra a un vulgar asesinato, a un infanticidio sin sentido aparente…

—Está usted en lo cierto. Ese modo de obrar resulta brutal, despiadado, casi vergonzoso, impropio de seres humanos civilizados. Y, sin embargo…, eso es lo que debemos hacer. Usted, con ese acto, se convertirá en algo más que un agente secreto en misión especial. Será, moralmente… UN ASESINO. Lo admito. Y, sin embargo…, debe serlo. Debe obrar así. A ciegas. Sin saber por qué…

—Imposible, señor —rechacé con viveza—. Nunca haré eso.

—Parece no darse cuenta de lo que le digo, agente QY-1003 —sus ojos se fijaron en mí agresivamente, ; su rostro era una máscara de energía y autoridad supremas—. Esto ES UNA ORDEN. Y aquí… las órdenes *jamás* se discuten.

W. me contempló en silencio desde su asiento giratorio, acompañado por dos altos funcionarios de la División en que yo estaba encuadrado. Parecían entender perfectamente lo que pasaba por mí. Pero ellos, como yo, eran personas perfectamente disciplinadas, células unipersonales de un macroorganismo

internacional donde no se aceptaban iniciativas personales ni criterios independientes. Y menos aún rebeldías. Comprendían y disculpaban mis reparos, como quizá hacía en el fondo el propio Ejecutivo Tres. Pero, a la vez, esperaban de un momento a otro mi inevitable decisión final: la aceptación sin condiciones de lo que era mi misión.

Respiré con fuerza. Contemplé a W. y a sus dos colegas. Al Ejecutivo Tres, portavoz de las altas esferas de la organización. Sabía que me estaban concediendo un honor que jamás había yo merecido antes de ahora. Era la primera vez que veía a un miembro del Ejecutivo. Posiblemente era el primer agente que se hallaba en tal situación de privilegio.

Pero todo eso me dejaba frío e indiferente. Pesaba mucho todo ello en un platillo de la balanza, lo admito. Pero en el otro, había una vida humana. La vida de un niño de ocho meses. Y eso pesaba más para mí. Infinitamente más. No podía matar a sangre fría a una criatura de esa edad. Nunca lo haría. Por eso tomé bruscamente mi decisión irrevocable.

—No —negué, rotundo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro —. Yo *sí* discuto. Yo no admito esa orden. Me NIEGO a cumplirla. Es mi última palabra, señor.

Un silencio de muerte se extendió por la sala. Fue como un mazazo brutal. Para W. y sus colegas. Pero, sobre todo, para el Ejecutivo Tres. Todos ellos me contemplaron como quien examina a un loco o a un extraño ejemplar de una rara fauna, enjaulado en un increíble zoológico.

—Perdone —silabeó fríamente el Ejecutivo Tres, sin desviar un ápice de mí sus gélidos ojos acerados—. Posiblemente oí mal o usted se precipitó en su decisión. Espero que ahora hable con serenidad. Reflexione antes de hablar. Le concedo unos minutos. Los que quiera. Pero dé una respuesta coherente, se lo ruego.

—Está dada —dije con acritud.

—¿De veras? —parpadeó, cosa que parecía insólita en él.

—Sí —admití—. De veras.

Respiró hondo. Cruzó sus brazos. Algo en él se helaba por momentos.

—Eso significaría… desobediencia a una orden —silabeó.

—Es posible —acepté.

—Insubordinación —insistió—. Indisciplina.

—Sí, quizás —me encogí de hombros.

—Nunca ha sucedido antes de ahora. Y si sucede... —dejó su frase en alto, de modo elocuente, amenazador.

—Si sucede..., ¿qué? —quise saber.

—Usted conoce los reglamentos internos. Se le expulsa inmediatamente. Se le anula la tarjeta de permiso de trabajo. Se le inscribe en la lista de los indeseables sociales. Pierde la mayor parte de sus derechos. Se le vigila e investiga exhaustivamente, por parte de la policía y del ejército. Es una vida dura y difícil desde entonces en adelante. A la larga, es la ruina moral y material. Su cuenta corriente se bloquea, y sólo se le permite extraer mensualmente lo indispensable para vivir. No puede casarse ni crear una familia durante los primeros cinco años de expediente...

—Y todo eso..., por negarme a obedecer una orden —dije, sarcástico.

—Eso es — afirmó él, seco.

—Creí que trabajaba para los Estados Unidos de América — señalé.

—Y trabaja para ellos, es cierto —afirmó él, cortante.

—Creí que los Estados Unidos de América eran un país libre.

—Lo es. Existe una Constitución, unos derechos humanos... Es una democracia.

—¡Una democracia! —solté una carcajada áspera—. ..Ahora se le llama así? ¿Seré tratado democráticamente cuando deje de pertenecer a la SID?

—En teoría, sí. Lo hermoso de lo teórico, es que en apariencia es real. Una democracia es casi siempre teórica. Si no, no existiría el racismo contra los negros. Los portorriqueños no tendrían que sentirse humillados y ofendidos por el poder de los yanquis que llevan el gobierno del país. No habría paro obrero ni miseria. Todo eso es democracia. Pero no le pregunte a los portorriqueños ni a los negros

de los *ghettos*. Ni a los parados. Para ellos, esto no puede ser democracia.

—Y tienen razón.

—Quizás la tengan —se encogió de hombros—. Pero la gran mayoría dice que no. Usted es hoy un hombre respetado, mimado, con un espléndido porvenir. Rechace la disciplina, y lo perderá todo. Será un paria, un perseguido, una ruina humana. Nosotros nos encargamos de eso.

—Creí que a todo ello se le llamaba nazismo, dictadura, totalitarismo y cosas así —dije, incisivo, sarcástico.

—En el fondo, todos nos parecemos un poco —confesó cínicamente el Ejecutivo Tres—. La violencia, la represión y el racismo, se utilizan en el fondo, para equilibrar el mundo y sostener un principio de autoridad.

Todo el mundo sabe que los países que ahora acusan de terrorismo a los demás, lo practicaron por sí mismos anteriormente, para conseguir sus propios fines. Siempre se admite la violencia y la crueldad en uno mismo, pero no en los demás. Nunca hay «buenos» ni «malos», agente QY-1003. Sólo existe la diferencia en que sea uno quien lo lleve a cabo o sean los otros.

—Es vergonzoso. Repugnante, señor.

—Claro que lo es. Pero su opinión no cambiará nunca las cosas. Es un ciudadano americano. De raza blanca, de un coeficiente intelectual muy elevado, de una gran capacidad física y una amplia instrucción mental y corporal que le hacen idóneo para nuestros servicios. Como miembro de la organización, resulta de un valor inapreciable. Como presunto adversario, resultaría muy peligroso. Por eso la reglamentación es tajante: destruirlo, si se niega a obedecer.

—No todo consiste en ser de la organización o convertirse en enemigo.

—Sí, agente QY-1003. O se está con nosotros..., o se está *contra* nosotros. No hay término medio. Y si lo hay, se rechaza por principio de cautela y prevención. Convénzase. Tiene que decir «sí»..., le guste o no. Y TIENE que matar a ese niño.

—¿Por qué yo? —protesté, airado.

—El cerebro electrónico le ha seleccionado. Las máquinas no cometen errores.

—Pueden cometer uno: olvidar el factor humano Ellas nunca manejan ese término en su programación.

—Es el riesgo que corremos. Pero es mínimo. ¿Cuándo está dispuesto a iniciar su tarea?

Era obsesivo. Daban por hecho que no tenía otra salida. Matar…, o ser muerto, física y moralmente. «Después de todo, era sólo una criatura de ocho meses», pensé…

¡No! Algo se rebeló en mí. Dios mío, no podía empezar a pensar así. O sería lo que ellos querían que fuese: un robot a su servicio, un engranaje más, en una enorme y compleja máquina de células humanas bien sincronizadas. Era monstruoso. Indignante. Y eso que servíamos a un pretendido país libre…

—Lo siento, señor —dije con frialdad. Eché a andar hacia la salida—. Empiece a destruirme. Bloquee mis cuentas. Haga de mí un paria humano en medio de una sociedad próspera y ciega, que se siente feliz en su ignorancia. Máteme. Hágame asesinar fríamente, como a ese niño de pocos meses. No le temo. Ni a usted, ni a nadie. No temo morir. No temo sufrir ni pasar hambre. He roto mi compromiso matrimonial. Romperé con todo el mundo, para evitar que quienes tengan contacto conmigo sean tan malditos como yo. Sus medios de seguridad tendrán menos trabajo. Sólo precisarán vigilarme a mí. Y aniquilarme lentamente. O volverme loco. Haga lo que sea, señor. Me tiene sin cuidado. Todo es mejor que convertirse en un asesino por seguir una simple orden. Adiós.

—¡Stan Zodiak! — W. me llamó impulsivamente por mi nombre, poniéndose bruscamente en pie, muy pálido—. ¡Stan, muchacho, usted *no puede* hacer eso! ¡Es una locura!

—Lo siento, jefe —sonreí débilmente—. Lo hice ya. Me voy de aquí. Suerte. Y que la sangre de ese niño…, no les ahogue al respirar, cuando le hayan hecho asesinar por medio de otro agente menos escrupuloso que yo, a quien no importe ser un criminal de criaturas… Buenas noches, señores.

Ejecutivo Tres no dijo nada. No alteró su gesto. Sólo observé que se inclinaba sobre un cuadro de teclas que tenía ante sí, para pulsar una y dar alguna orden. Me estremecí, sabiendo que era como si pulsara el resorte de lanzamiento de un arma letal. Sólo que ese arma

iba dirigida contra un solo hombre: yo. Había roto con la organización. A partir de ahora, era un enemigo a combatir. Un hombre a demoler implacablemente.

CAPÍTULO II

Conté el dinero en efectivo. Hice un gesto de desaliento.

—Sólo ciento ochenta y nueve dólares… —comentó entre dientes, preocupado—, Y se supone que debo mantenerme con ese dinero durante tiempo indefinido…, sin poder trabajar en cosa alguna… Mi tarjeta de permiso de trabajo me ha sido retirada… El Banco acaba de avisarme del bloqueo provisional de mi cuenta, por agentes del Tesoro…

Sonó el teléfono. Lo atendí. Era del vecino supermercado. Me anunciaban el envío de mi factura por el gasto de la semana. El pago había de ser inmediato y en efectivo, o me denunciarían a la policía. También me anunciaban la anulación de mi tarjeta de crédito, temporalmente.

Apreté los labios, colgando el teléfono de golpe. Los tentáculos de la SID empezaban ya a extenderse en torno mío. Eran implacables. Lloverían facturas dispuestas a largo plazo. Tendría que afrontar mis deudas en el acto, sin poder extender un solo cheque. Si me negaba a pagar, la policía caería sobre mí. Me encarcelarían como medida preventiva. Luego, podría cubrir mi fianza y deudas con el embargo de mi casa y mis bienes. Ese sería el principio del fin. ¿Qué puede

hacer un hombre sin dinero y sin medios para ganarlo en ningún trabajo legal?

Hice un rápido cálculo. Mis deudas se elevaban a unos cuatrocientos veinte dólares en total. Sólo podría afrontar algo menos de la mitad. Por el resto, podría ir a la cárcel, y ellos lo sabían. Y era sólo el principio.

—Dios mío, pero ¿por qué, por qué? —gemí, estruendo mi cabeza entre ambas manos, airadamente—. ¿Todo esto..., por negarme a matar a un niño de ocho meses?

Telefoneé a Opale. No estaba en casa. Karyl, su hermana, me trató con frialdad. Era lógico, después de mi ausencia en el bautizo del pequeño Neil. Pero aun así, prometió hablar con Opale y decirle que había llamado por algo urgente. No estuve seguro de que lo hiciese, ni mucho menos.

Empezaron a llegar acreedores. No era casualidad. No podía serlo. Todos ellos sabían que yo les pagaba puntual y religiosamente cada semana o cada quincena. Además, se negaban en redondo a admitir cheques bancarios. Sólo efectivo. Rehuían mi mirada cuando les contemplaba. Parecían avergonzados. Pero exigían el pago. Me humillé, hasta pedirles a dos o tres de ellos que volvieran otro día. Inmediatamente, me amenazaran con acudir inmediatamente a un puesto policial y denunciarme por falta de pago. Lo decían cohibidos. Pero supe que lo harían. Obedecían consignas. Sabían que no podían negarse a obedecerlas.

Pagué cada factura. Antes de las nueve de la noche, había liquidado esa serie de deudas. Me quedaban sólo once dólares y cincuenta centavos. Puse un cartel en la puerta, indicando que estaba ausente hasta el día siguiente, y apagué las luces, fumando en silencio, sentado en el *living*. Oí llegar a algunos otros visitantes, que hicieron crujir la gravilla de mi jardín y que hasta golpearon la puerta en un par de ocasiones, marchándose después.

Volverían al otro día, puntualmente. Era sólo un respiro hasta las nueve de la mañana siguiente. Sólo eso. Una noche para meditar, para buscar una salida, la que fuese. O para intentar huir. Pero ¿quién huye a los tentáculos de una macroorganización como la SID?

El teléfono llamó varias veces. No lo descolgué, por si era un truco para obligarme a delatar mi presencia en casa. Permanecí en la sombra, fumando, escuchando el irritante timbrazo repetido una

y diez veces…

Esa noche no me sentía particularmente con buen apetito. Me conformé con un par de emparedados de pollo y lechuga, una cerveza fría del refrigerador, y un café sin azúcar como postre. No quería dormir. Necesitaba estar despierto, bien despierto, para reflexionar, para buscar una salida…

Eran casi las once cuando alguien llamó a la puerta de nuevo. Demasiado tarde para una factura. Acudí a la puerta, sin abrir. Finalmente, vi pasar bajo la puerta un sobre amarillo.

Un telegrama.

Lo abrí, nerviosamente, en mi dormitorio, única habitación que no tenía aberturas al exterior que permitieran descubrir la luz en la casa. Leí su breve texto:

> «Es solamente el principio, Zodiak. Mañana estará perdido. Arruinado y encarcelado. Aún está a tiempo de rectificar. Es su última oportunidad. Llame al número especial de W. Diga solamente que desea rectificar y volverá mañana a las ocho. Es todo. Somos muy generosos con usted. No desprecie esta decisiva ocasión que se le presenta. Sería su desastre total. W. espera hasta las doce treinta. Ni un minuto más. El resto depende de usted.

»SID

Creí entrever al Ejecutivo Tres redactando ese mensaje, confiado en que la amarga experiencia de aquel día me permitiría elegir sin dificultades, entre una ruina lenta e inexorable, y un regreso a la vida normal, con todo mi crédito, mi seguridad y mi optimismo de siempre.

Miré el reloj, pensativamente. Las once y diez minutos. Más de una hora para elegir. La última oportunidad…

O hundirme para siempre…, o matar a sangre fría a un niño de ocho meses. Era inverosímil todo. Alucinante. Pero ellos nunca bromeaban en cosas así. No había error.

Cinco minutos más tarde, sonaba de nuevo el teléfono. Decidido a todo, descolgué airadamente. Ya no me importaba jugarme el todo por el todo. Aún quedaba una puerta abierta a mis espaldas. Era algo. Mucho más que nada.

—¿Sí? —indagué bruscamente—, Stan Zodiak. ¿Quién llama?

—Stan, gracias a Dios… —susurró una voz harto familiar, en mi oído, a través del micrófono—. Te he llamado varias veces esta noche… Creí que no estabas…

—Opale… —apreté los labios, tratando de no mostrarme tierno —. Ya ves que estoy aquí. ¿Qué es lo que quieres?

—Stan, quería hablarte lo antes posible… —¿era imaginación mía, o había dolor y hasta arrepentimiento en la voz de la muchacha? —. Stan, he recibido órdenes… Instrucciones de la policía,… ¿Te ocurre algo grave? Yo no podía sospechar…

—Imagino lo que te han dicho esos bastardos — mascullé— Saben que eres mi prometida. Te han ordenado que no me prestes un solo dólar. Que rompas tu compromiso conmigo. ¿Es eso?

—Stan…

—Ellos ignoran que ya rompimos por nuestra propia iniciativa antes —reí, sarcástico—, Y que yo nunca te pediría dinero a ti…

—Stan, no tengo apenas nada en metálico aquí. Sólo en el Banco. Pero me dijeron que… que controlarán mi cuenta. No puedes recibir un solo dólar…

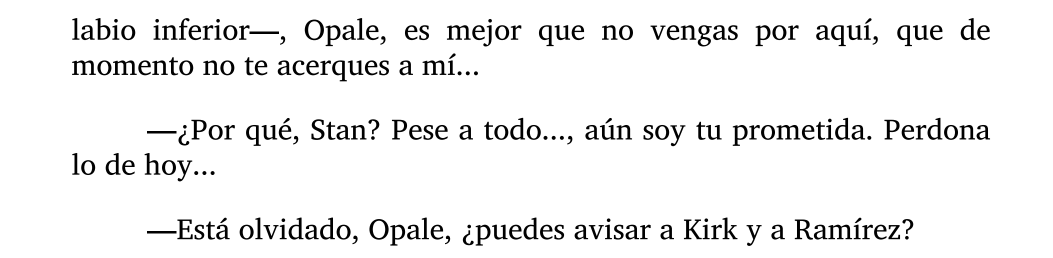
—Lo imaginaba. ¿También te prohibieron casarte conmigo?

—Sí. Dicen que no es posible la boda, legalmente. Estás sujeto a investigación policial por orden del Gobierno federal…

—Es cierto. Eso me define como socialmente incapaz. No tengo tarjeta de trabajo, ni permiso de desplazamiento, ni autorización para una boda o cualquier acto legal. Esto es democráticamente posible, según parece…

—Stan, ¿qué puedo hacer por ayudarte? Esto no tiene sentido…

—Lo sé. Pero tiene más del que crees. Ya hablaremos de ello. Si es que existo, para podértelo contar… —hice una pausa. Me mordí el



labio inferior—, Opale, es mejor que no vengas por aquí, que de momento no te acerques a mí…

—¿Por qué, Stan? Pese a todo…, aún soy tu prometida. Perdona lo de hoy…

—Está olvidado, Opale, ¿puedes avisar a Kirk y a Ramírez?

—¿Kirk y Ramírez? —el tono de Opale me sonó inseguro—. ¿Por qué ellos, Stan? Puedes empeorar tu situación, según lo que ellos…

—Aunque no lo creas, no puede existir nada peor que esto. Avisa a los dos, por favor. Di que les espero hasta las doce y cuarto como máximo. Es importante que vengan antes. Podría ser la diferencia entre capitular como hombre…, o resistir dignamente la más vil y miserable de las coacciones.

—Está bien. Lo haré. Pero eso no espero que pueda ayudarte en tu problema. Stan, yo quizás sí sería capaz de…

—No —negué, rotundo—. Tú, no. En absoluto. Prefiero que te mantengas al margen. No te aproximes a mí. Es mejor así, créeme. Mucho mejor para todos.

—Especialmente para mí, ¿no es cierto? —se lamentó ella amargamente—. Stan, el hecho de que tuviéramos una diferencia, no significa que…

—Ya lo sé, Opale. No significa nada. Es sólo que prefiero que las cosas sean así. Ahora, cuelga. Podría suceder que tuviera intervenida mi línea. No quiero que te mezclen en mi propia vida por nada del mundo.

—Aun así, Stan, estoy dispuesta a todo. No hagas caso de lo que dije antes. ¡Haré por ti cuanto sea preciso, incluso desobedecer a la autoridad!

—No, no lo hagas. Te pondrían en su lista negra. Sí, Opale. También las democracias y el mundo libre tienen «listas negras». En el fondo, todos se diferencian poco, sea cual sea su ideología o su excusa política. Lo peor es pretender ser mejor que los demás, sin serlo realmente. Cuando menos, el auténtico tirano, el dictador, nunca pretende ser diferente de lo que es.

—Stan, te noto diferente. Amargado, sin fe en nada…

—¿Esperas que tenga fe después de lo que he sabido hoy? —rechacé con una seca carcajada—. Yo creía en nuestro sistema, cuando menos. Pensé que era lo mejor. O, como mínimo, lo menos malo imaginable. Ahora..., ahora ya no sé qué creer. No tengo fe en nadie. No puedo confiar en palabras huecas ni en banderas y simbolismos que se traicionan, Opale. En fin, es mejor que cuelgues. Ya te dije que no vale la pena hundirte conmigo. Hiciste bien en romper tu compromiso. Muy bien. Aquí acaba todo para ti. Y empieza para mí. Empieza..., aunque sea el final. No te olvides. Llama a Kirk y a Ramírez. Gracias por todo. Adiós, Opale...

—¡Stan!

—Adiós —repetí. Y colgué, sin esperar a más, desconectando el teléfono.

Kirk y Ramírez llegaron a las once menos cinco minutes. Opale se había dado prisa. Ellos, también. Les contemplé. En la estancia suavemente alumbrada, destacaba la tez oscura de Kirk, levemente sudorosa. Y la piel bronceada de Ramírez. Mis únicos amigos. Un negro y un portorriqueño. Dos buenos camaradas. Dos hombres sin privilegios. Dos víctimas de la clase de democracia que proclamaban gente como W. o como el Ejecutivo Tres...

Estrecharon mi mano con calor. No hicieron preguntas. Aceptaron dos cervezas. Y escucharon mi corta historia sobre los últimos acontecimientos. No se inmutaron. Ni siquiera vi temor o duda en su gesto. No les importaba conocer secretos de Estado. Ni estar en compañía de un posible funcionario del Gobierno caído en desgracia, Ellos estaban ya acostumbrados a recibir golpes. Uno más, no les asustaba.

Kirk y Ramírez cambiaron una mirada. Luego, me contemplaron pensativos, vaciando sus botellas de cerveza sin prisas. Fue el portorriqueño quien antes me preguntó algo:

—¿Qué piensas hacer, Stan?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Cualquier cosa menos matar a un niño, supongo.

—Pero ¿nadie te dijo por qué una criatura de pocos meses podía significar un peligro para la Seguridad Nacional? —dudó Kirk con perplejidad en su noble rostro, color chocolate, de grandes ojos, abultados labios y blanca dentadura.

—No, nadie me lo dijo. Creo que, en el fondo, lo sabían. Pero era imprescindible que me mostrara dispuesto a aceptar la misión, para entrar en conocimiento de ello.

—¿Por qué no lo hiciste así? —sugirió Ramírez con latina malicia.

—Era un juego demasiado peligroso. Si aceptaba, sabría la verdad. Pero ya no habría posibilidad alguna de retroceso. Tendría que seguir adelante, o...

—O... ¿qué, Stan? —se interesó Kirk, enarcando las cejas.

—O ser ejecutado.

—¿Ejecutado? —se asombró mi amigo de color, cambiando una mirada de escandalizada expresión con el alegre portorriqueño Ramírez, mi amigo de la infancia.

—Es su nombre crudamente expresado. Para ellos, sería diferente. Para un médico, también. Sufriría un ataque cardíaco o algo así. Sería el resultado de una cápsula administrada por mis superiores. Eso, o sufrir represalias terribles. A veces, vale más morir.

—Es posible que tengas razón —aceptó Ramírez—. Yo mismo he deseado muchas veces morir, en vez de soportar humillaciones sin cuento. Pero siempre ha prevalecido al fin mi propio concepto de la dignidad y del valor que se nos supone a todo ser humano. Sería cobarde, indigno, renunciar a luchar y a vivir, para eludir nuestros problemas y responsabilidades. Hay una sociedad que me rechaza, como a tantos hermanos míos. Bien, ¿y qué? ¿Un suicidio colectivo resolvería algo? Rotundamente, no. Luchar, sí significa algo. No por la violencia, sino apelando a nuestros derechos, enarbolando la bandera de los más elementales principios de convivencia humana. Estoy seguro de que fue peor en el pasado. Y algún día será mejor. Sólo debemos intentarlo. No ceder. No rendirnos. Y, sobre todo, no humillarnos. No hay razón para ello. Donde esté un norteamericano de cualquier Estado, estará un portorriqueño con iguales derechos, obligaciones y privilegios. Donde esté un blanco, estará un negro. Kirk opina como yo. No es la raza ni la nacionalidad lo que nos condiciona o diferencia, Stan, tú lo sabes. Es nuestra propia inteligencia, nuestro comportamiento y nuestra condición humana, lo que hace que un hombre sea bueno o malo, admirable o despreciable.

—Kirk lo sabe —suspiré—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Pero..., ¿lo saben ellos? ¿Lo saben los gobernantes, los ciudadanos de este país

libre? ¿Lo sabe la sociedad toda?

—No —admitió Ramírez, sacudiendo la cabeza—. Ellos parecen no saberlo. Y si lo saben, no lo aceptan. Pero es cuestión de tiempo. Poco a poco, vamos erosionando sus muros de intolerancia. Hay ya políticos, médicos, abogados e ingenieros negros. Hay gente importante de mi país, Stan. Pocos, pero los hay. Les tostó llegar, eso sí. Les hicieron difícil el camino. A veces, casi imposible. Pero lo recorrieron, pese a todo y a todos. Ya alcanzaron su meta. Son los primeros. Los que han le abrimos el camino a los demás. Los que han de demostrar a América toda, que un hombre de Puerto Rico es un hombre en todo el sentido de la palabra. Con derecho pleno a ser norteamericano..., o a ser libre, sin sentirse colonizado. Tú tienes razón, Stan. Esto, a veces, nos hace dudar de la democracia. Pero mientras no se pruebe lo contrario, es lo mejor que hay. O lo menos malo, como dijo alguien...

Siguió un silencio. Contemplé a aquel hombre, joven y capacitado, a quien nadie había dejado paso, que aún luchaba por llegar a algo que cualquier otro americano como yo no habría tardado en conseguir. Y miré a Kirk, mi amigo de color, vigoroso y afable, cauto e inteligente. Pero también con muchas puertas cerradas por una simple razón «democrática»: el pigmento de su piel...

—No sé —confesé, sacudiendo la cabeza—. Me siento

aturdido. No puedo estar de acuerdo con vosotros. Pero tampoco niego que os falte cierta razón. Tal vez pretendo demasiado, al querer que la teoría de los políticos coincida con la práctica. Eso es soñar. Aquí, y en cualquier otro país del mundo, amigos míos...

—Nos hemos desviado de la cuestión principal, Stan —señaló serenamente Kirk, poniendo una de sus oscuras manos en mi brazo, cordialmente. Me sonrió, alentador—. Olvida la política, aunque forme parte de tu vida y de tu mundo. Nos llamaste para hablar de algo más que de lo bueno y lo malo de nuestra democracia, estoy seguro...

—Sí, Kirk, tienes razón —acepté con cierto aire de amargura—. Os quise hablar de mis motivos para cesar en mi trabajo. Esperaba que me pudierais ayudar, siquiera fuese de un modo puramente moral.

—Lo haremos en la forma que sea, Stan —prometió Ramírez vivamente—. Pero ¿estás seguro de que, realmente, *podemos* ayudarte Kirk o yo?

—No, no estoy seguro —admití con franqueza—. Estoy desconcertado. De repente, muchas cosas se han derrumbado en torno mío. ¿Por qué debo renunciar a un trabajo que me gustaba? ¿Por qué mezclar las tareas de un agente del Gobierno con una labor propia de un asesino desalmado y sin conciencia?

—Debiste averiguarlo, antes de tomar una decisión —opinó Kirk —. No conociendo el problema, no puedes decidir.

—Sé que hay que matar a un niño. ¿No es suficiente, Kirk?

—Aparentemente, sí. Es demasiado, incluso, diría yo. Pero un niño... —sacudió la cabeza, reflexivo—. No, eso no tiene mucho sentido. Ningún Gobierno se preocuparía tanto por un niño cualquiera. Y menos aún, decidiría renunciar a uno de sus mejores hombres.

—Kirk tiene razón —apoyó Ramírez, con sus oscuros ojos destellando agudamente—. ¿Te has parado a estudiar esa cuestión? Resulta muy raro, Stan... Perderte a ti..., sólo porque te niegas a matar a una criatura de ocho meses de edad. Y una computadora te elige, entre cientos de personas en iguales condiciones... Sí, todo eso parece tan extraño, tan fantástico...

—Además, existe otro factor inexplicable, que suena casi a... a fantasía, Ramírez —le dije, paseando malhumorado por la estancia.

—¿Cuál, Stan? —se interesó mi amigo portorriqueño.

—Dijeron... dijeron que yo podía salvar a América toda. Y al mundo...

—¿Salvarla? ¿Cómo?

—Aceptando la misión. Matando a ese niño.

Hubo un silencio profundo. Kirk y Ramírez volvieron a cambiar una mirada de perplejidad, como si dudaran de mi estado mental. Luego, fue el primero quien me habló gravemente del asunto.

—Ellos no te engañarían —dijo con serio tono—. No tendría sentido. Realmente, puede ser que en tu mano estuviera salvar a América. Pero..., ¿de qué? ¿De un niño de pocos meses?

—Sí —admití con el ceño fruncido—. Eso parecía...

—¿Quién es ese niño, Stan? ¿Lo sabes? —se interesó Ramírez—. Yo mismo tengo un hijo de sólo nueve meses... Me preocupa lo que dices...

—Ellos mencionaron *ocho* meses, exactamente —sonreí. encogiéndome de hombros—. Imagino que hay más de doscientos mil en esas circunstancias actualmente. Sería ridículo preocuparse por uno determinado. Pero date cuenta de eso, amigo mío: un niño como el tuyo, como mi futuro sobrino Neil, pongamos por caso..., ha de ser sacrificado. ¿Existe razón auténtica para ello, o se guían sólo por algún maldito informe preparado por una de las computadoras? Puede existir un error, un grave error...

—No existe más que un medio de saberlo —opinó Kirk, frotándose el mentón—. Ese medio es aceptar, Stan. Cumplir tu trabajo, por encima de todo escrúpulo.

—¿Eso me sugieres tú? —le miré, atónito.

—Kirk tiene razón— apoyó sombríamente Ramírez—. No hay otra salida. Negarte, es arruinar tu vida. Y quizá ellos tengan razón..., y América toda esté en peligro. Vale la pena intentar esa misión. Luego, siempre estarás a tiempo de reaccionar. Como tú dices, vale más morir dignamente que arrastrarse como una rata. Si te niegas una vez sepas demasiado, la organización te eliminará, eso seguro, Pero de otro modo, provocarán tu ruina lenta e implacable. ¿Qué camino prefieres escoger, Stan?

Les miré. Apreté los labios, vacilante. Les había pedido un consejo. Ellos acababan de dármelo. Y no estaba seguro de que fuese el mejor. Miré mi reloj. Las doce y veintisiete minutos.

Tres minutos justos me separaban de mi futuro y de mi destino.

Aceptar, era salvar la ruina, los acreedores, la cárcel... Pero era también admitir un inicuo asesinato a cambio. Negarse, era perderlo todo definitivamente.

Y, como ellos decían, quedaba aún una salida póstuma y decisiva: la muerte, antes que convertirme en asesino de un niño.

Pero valía la pena intentarlo. Dar el paso final. Esperar todavía. No dije nada. No les respondí. Ellos seguían mirándome, aguardando sin embargo esa contestación que no llegaba.

En vez de ello, caminé hasta el teléfono. Lo descolgué. Marqué

un número que poca gente en el país conocía. Era el número directo de W.

La espera fue breve. Cuatro o cinco segundos. Luego...

—¿Sí? —sonó la voz fría y lejana de W.

—Soy Stan Zodiak —dije fríamente a mi vez—. Aún es tiempo, ¿no?

—Por poco —me dijo—. Sólo dos minutos y cuarenta segundos, Zodiak. Ya iba a contar en mi cronómetro, para transmitir a Ejecutivo el informe de su silencio. ¿Qué decisión tomó?

—He llamado, ¿verdad? —dije amargamente—. ¿Usted qué cree?

—Está bien. Les diré que ha decidido aceptar. ¿Vendrá mañana a las ocho?

—Iré, sí —afirmé fríamente.

—Bravo —hubo un suspiro como de alivio, al otro extremo del hilo. Luego, una pregunta burlona que me sobrecogió—: ¿Le han aconsejado bien sus amigos Kirk Benson y Raúl Ramírez?

—Malditos sean todos... —refunfuñó, malhumorado—. Nada se les escapa, ¿eh?

—*Casi* nada —rió él, irónico—. Si les ha contado demasiadas cosas, es posible que tengan que pasar por aquí a declarar...

—No —rechacé, seco—. Sólo les dije que me pedían matar a alguien. Me han dicho que si es necesario para el país y para el mundo, debo en conciencia aceptar lo que se me ordene. No es preciso que les llamen. Ni ¿quiera por el hecho de ser un negro y un portorriqueño, señor.

—Está usted particularmente agresivo hoy, amigo mío —habló mansamente W.—. No tengo prejuicios de ninguna clase. Uno de nuestros mejores agentes, ya falleció en acto de servicio, era natural de Puerto Rico. Un gran muchacho. Le debemos mucho aquí. Quítese fantasmas de la cabeza. No seremos unos santos, pero esto tampoco es el infierno. ¿Puedo dar respuesta oficial a Ejecutivo?

—Sí, por favor —asentí—. Hasta mañana. Y... gracias, señor.

—No hay motivo para eso —suspiró W.—. Usted merecía la pena, Stan. No quería perderle como agente nuestro. Y no sólo por frías razones de organización. También tengo mi lado humano, aunque lo dude. Ah, lígale algo a su amigo Kirk Benson. Uno de nuestros Ejecutivos…, es de su misma raza. Eso posiblemente le haga pensar que el mundo no es tan malo como parece. Ni siquiera el mundo americano, Stan… —Soltó una suave risita que me hizo sentir avergonzado, y añadió finalmente—: Ahora, hágame caso: vayan a tomar una copa a Rocket's. En ese club, nuestro personal tiene crédito. Le bastará poner sus siglas en una tarjeta plástica… Invite a sus amigos. Y celebre esto, Stan Zodiak. Usted no lo creerá. Sus amigos tampoco, pero… posiblemente acaba de dar el mayor paso que hombre alguno pudo dar, para salvar a América. No sólo a la América que George Washington fundó en 1776, sino también al resto del continente. Y, por tanto, al mundo entero a la vez… Brinden una vez por mí, Stan. Buenas noches. Y hasta mañana a las ocho en punto. Entonces sabrá algo más sobre su tarea. Y empezará a comprender el *porqué*…

Colgó. Eran las doce y veintinueve minutos, con treinta segundos. Tiempo justo para informar a Ejecutivo. Stan Zodiak, agente QY-1003, había vuelto al redil. En sólo veinte segundos más, el informe seria ya oficial.

Pero en alguna parte, un niño de ocho meses tenía que morir. Y yo sería su asesino.

—Vamos —dije a mis amigos bruscamente—. Todo está arreglado. Tomemos una copa.

Salimos de casa. Nunca imaginé que aquella copa, jamás llegaría…

CAPÍTULO III

Salimos de la zona ajardinada, al exterior de mi propiedad. Se veían luces en algunas viviendas cercanas, pero nadie por la calle. La vida nocturna en aquella parte de la ciudad, era prácticamente nula. A veces, oyendo los televisores de las viviendas, y contemplando el frío silencio y la soledad de las calles, me preguntaba si no estábamos ya en el mundo alucinante del peatón» de Ray Bradbury.

La idea de tomar unas copas en un club lujoso como Rocket's, bastante cercano a mi vivienda, había animado a mis amigos considerablemente. Además, parecían satisfechos con mi decisión, aunque a ninguno se le escapaba que la misión que me esperaba no era precisamente agradable ni digna. Pero algo, en su interior, les hacía sentirse ahora mucho mejor que al llegar a mi casa poco antes.

Avanzamos calle abajo, hacia el lugar donde se halaba el club nocturno, cuyas luces distantes se veían parpadear en los muros de los edificios y en las arboledas de los jardines. Un vehículo penetró por una de las alamedas inmediatas. Sus faros barrieron el asfalto ante nosotros, al efectuar la maniobra. Avanzó, por el centro de la calzada, y se pegó un poco a la acera cuando estuvo cerca de nosotros.

Por el momento, no había nada anormal en todo ello, y seguimos caminando sin preocuparnos demasiado por aquel automóvil moderno, de vertiginosa velocidad y gran facilidad de maniobra.

De repente, me detuve, sorprendido. El coche también se había parado, a cosa de cincuenta yardas de nosotros, junto al bordillo. No era ese hecho el que me sorprendía, sino algo que carecía por completo de sentido.

El coche era normal en su apariencia, carrocería, luces... En todo. Pero de repente, mis ojos atónitos se habían fijado en el asfalto. Y acababa de descubrir que aquel automóvil NO TENIA RUEDAS.

¡Estaba *parado* en la calzada, sencillamente SUSPENDIDO en el vacío, a cosa de siete u ocho pulgadas del pavimento!

Como si tuviera ruedas normales. Sólo que... *¡no las tenía!*

—Eh, mirad eso... —dije, aferrando por un brazo a Raúl Ramírez, mi buen amigo de Puerto Rico.

El y Kirk me miraron, intrigados, sin saber a lo que me refería. El automóvil moderno, posiblemente un modelo automático de 1985, permanecía allí, ante nosotros, como si reposara sobre unos neumáticos que *no existían.* Su forma de mantenerse flotando a tan corta distancia del suelo, como desafiando toda ley gravitatoria, me tenía desconcertado.

Luego, de repente, aparecieron ellos.

Ellos. Los encapuchados.

Los que yo llamaría, no tardando mucho, Encapuchados de la Muerte Negra.

Fueron vomitados simultáneamente por las portezuelas laterales del extraño vehículo, y se derramaron por la acera y calzada, ante nosotros, bloqueándonos todo el camino.

Les miré. Lancé una imprecación repentina, como de advertencia. Kirk contempló durante unas décimas de segundo, con ojos desorbitados, muy redondos, la presencia de los encapuchados en la acera y calzada, formando semicírculo en torno nuestro. Ramírez, estupefacto, avisó con voz ronca:

—¿Qué diablos significa esto, Stan? ¡Van *armados!*

No era sólo eso. Cierto que iban armados. Pero lo peor es que iban a utilizar las armas contra nosotros. **Y**, además, sus armas me eran totalmente desconocidas. No las había visto nunca antes de ahora, ni siquiera en los ultramodernos arsenales de la SID.

Emitieron palabras en perfecto inglés con acento norteamericano, como podíamos hablarlo cualquiera de nosotros. Las voces sonaron ahogadas, debajo de las singulares caperuzas negras, de extraño tejido brillante.

—¡Son ellos! —dijo uno del misterioso grupo.

—¡Sí, seguro! —afirmó otro—. ¡Matadlos!

—¡Sobre todo, matad al hombre rubio, al más alto de los tres! —clamó una tercera voz, bajo una de las siniestras caperuzas que, sobre el negro tejido brillante, representaba ni más ni menos que el rostro

de una calavera, sintetizado en unos trazos fluorescentes, que le prestaban un aire macabro.

Me estremecí. El «hombre rubio, el más alto de los tres»..., era yo. Inmediatamente pensé en la gran cantidad de enemigos mortales que tiene un agente especial de la SID, en algunos lugares del mundo. Y mis sentidos actuaron como acostumbraban a hacerlo cuando me dallaba en cualquier trance apurado, cumpliendo una de mis misiones como el agente QY-1003.

—¡Vamos, hay que luchar! —rugí, empujando a mis compañeros, y derribándoles sin miramientos sobre el asfalto—. ¡Son asesinos!

Yo mismo me precipité al suelo, sin pérdida de tiempo, convertido en una perfecta y bien engrasada máquina de luchar, en la que los engranajes acostumbraban a funcionar con una precisión matemática absoluta.

En mi mano, momentos antes desnuda, apareció ahora una de mis armas letales más contundentes y decisivas. Otras veces me había servido para matar. Y para evitar morir.

Creo que ahora era una de esas ocasiones. Por ello no vacilé en recurrir a esos procedimientos extremos, cuando ya las manos de los encapuchados de negro se disponían a usar sus armas contra nosotros tres.

Sus armas, que eran como cortas metralletas, ligeras y manejables como pistolas de alargado cañón, color azul brillante, y dotadas de una especie de gatillo en forma de tecla, de un rojo violento, sin guarda. Cuando dispararon, sentí que se me erizaban los cabellos. Unos regueros llameantes, cegadores, de un raro fuego azul, barrieron calzada y acera..., ¡comenzando a derretir el asfalto en gruesos goterones, a nuestro alrededor!

Hice dos disparos secos, y dos de los encapuchados saltaron atrás, evidentemente heridos. Y heridos de muerte, imaginé. Las cargas de mi pistola electrónica eran de un alto poder corrosivo. Sabía yo que, apenas penetraban en el cuerpo humano, reventaban, como las viejas *dum-dum,* dispersando en derredor un alud de sustancia desintegrante de los tejidos humanos. Una de las delicias de nuestra civilización.

Pero esto, al lado de la monstruosa eficacia de aquellos rifles que empuñaban los encapuchados y que convertían la calle en una

especie de baño de cera gris y candente en derredor nuestro, no existía ni siquiera comparación. Aun dentro de la tensión excitada del momento, me pregunté de dónde diablos podían haber extraído aquellas armas inexplicables y demoledoras.

Tras caer dos de nuestros adversarios, todavía quedaban al menos seis o siete de ellos, cercándonos. La pareja caída pareció hacerles meditar sobre sus posibilidades, y retrocedieron un poco. Pero de nuevo lanzaron sobre nosotros ráfagas de aquella especie de ligeros lanzallamas, y el fuego azul hizo hervir el asfalto. Oí un alarido de vivo dolor a mi lado, y giré la cabeza, alarmado.

—¡Raúl! —chillé, al descubrir a Ramírez, revolcándose sobre el candente, reblandecido asfalto, alcanzado por aquel maldito fuego azul—, ¡Esos sucios bastardos...!

Me enfurecí, al ver que sus piernas y costado también mostraban unas horrendas llagas sangrantes, de las que la carne misma parecía derretirse, con un fuerte olor nauseabundo. El gesto crispado de mi fiel camarada portorriqueño, era una máscara bronceada de angustia, de dolor crispado.

Giré sobre mí mismo, enfurecido, y presioné el gatillo de mi arma, sin contemplaciones, convertido en una auténtica furia. Barrí a los cuatro encapuchados más inmediatos a mí, con una serie continuada de cargas corrosivas que vaciaban con rapidez la recámara del arma.

Cuando menos, tuve la amplia satisfacción de ver caer, desgarrados, entre alaridos de intenso dolor, a los hombres cubiertos con la negra caperuza de calavera. Sus ropas ardían, sus huesos y carne humeaban, devorados por los potentes ácidos concentrados en los cartuchos. Les vi rodar por la calzada, sin sentir por ellos la menor compasión.

Luego, los tres supervivientes, tras lanzar sobre mí un chorro de fuego azul, saltaron a su extraño vehículo dotante. Tuve que saltar con toda agilidad, y dar luego volteretas desesperadas, para evitar que el asfalto, hecho ruego y líquido ardiente, como metal derretido, me alcanzase de modo fatal, como hiciera con el infortunado Ramírez. Al saltar, aferré una cercana valla, y repté por ella, notando que el metal de sus barrotes ardía a corta distancia de mis dedos, pero sin alcanzarme ya,

Kirk, por su lado, había logrado parapetarse, arrastrando

consigo el sangrante y extenuado Raúl Ramírez, tras la valla de otro edificio, evitando ser alcanzado por los chorros azules y ardientes de las misteriosas armas. Yo, desde mi emplazamiento, hice un disparo más contra el vehículo, y tuve la satisfacción de verle arrugarse y oscurecerse en su parte posterior, convirtiéndose los vidrios en una especie de pasta que saltó en pedazos en la ventanilla trasera.

En ese momento preciso, el coche arrancó vertiginosamente, y se perdió calle abajo, con un prolongado zumbido, siempre sin tocar el asfalto. Dobló en la esquina inmediata, y se perdió de vista. Mi último disparo, ahora, hirió la esquina, pulverizando parte del muro, pero sin alcanzar a mi objetivo. Estuve seguro de que el extraño vehículo se me iba de un modo definitivo de entre las manos...

Miré hacia el asfalto, donde abatiera a los hombres encapuchados. Me quedé perplejo, mirando incrédulamente el lugar.

¡No había el menor rastro de los enmascarados que derribara con mi arma! Nadie en la calzada, nadie en la acera... Como si nunca hubiesen estado allí.

Pero estuvieron. Yo sabía que estuvieron. Y lo sabía Kirk. Y lo sabía, sobre todo, Ramírez, que ahora agonizaba, en brazos de su amigo de color. Acudí a él, con paso vacilante, moralmente roto. Contemplé a mi amigo portorriqueño, que a su vez me dirigió una mirada larga y patética, ya desde las fronteras mismas de la muerte.

—Stan... —le oí con dificultad su voz—. Stan, amigo... Lamento dejarte..., y no poder tomar... esa copa en Rocket's... Esos malditos..., me alcanzaron de lleno...

—No temas —hablé, dominando mi emoción—. Vamos a llamar a un médico. Te salvarán, amigo mío...

—No, no... —rechazó con un triste movimiento de cabeza—. Noto ese fuego en mi cuerpo, sé que esto es el final, Stan..., y no lo entiendo. No sé por qué esos hombres nos atacaron... ¿Lo sabes tú? ¿Les conoces acaso?

—Nunca los vi antes de ahora —rechacé—. Ni entiendo lo que sucede...

—Los cadáveres se han evaporado —oí comentar a Kirk, sombrío—. Ese coche no tenía ruedas y, sin embargo, se deslizaba con una rapidez vertiginosa...

—Sean quienes sean, pagarán esto, lo juro —le dije roncamente, apoyando una mano en la terrible herida, en un vano esfuerzo por impedir su hemorragia. Retiré mis dedos empapados en sangre, y contemplé su crispado gesto de dolor y amargura—. Les buscaré, Raúl. Daré con ellos, malditos sean esos asesinos. Les haré sufrir lo mismo que sufres tú...

—Ya lo has hecho, Stan —me recordó Kirk—. Has abatido a varios. Puede que hayan desaparecido misteriosamente, no sé por qué. Pero estaban muertos o malheridos, eso es obvio. Raúl, querido amigo... Si Stan busca a esa gente, te prometo que yo iré con él... Esto no quedará sin castigo.

—Lo... lo sé... —sonrió tristemente, dominando su dolor. Los dedos enérgicos y fuertes de mi amigo portorriqueño, se cerraron en tomo de mi mano, casi desesperadamente, al murmurar con voz rota —: Stan, mi... mi esposa,.., mi hijo... Cuida de ellos. Que nada pueda sucederías...

—No temas. Te prometo que estarán bien. No les pasará nada. Me encargo de ello. Pero te repito que tú vas a salir de ésta, y podrás muy pronto...

—Gracias, Stan, amigo mío. Gracias por todo... —susurró, interrumpiéndome. Nos miró a ambos. Murmuró con un hilo de voz, sufriendo un espasmo todo su cuerpo—: Adiós, amigos... Kirk... Stan... Adiós...

Luego, dejó de hablar. Y de moverse. Estaba muerto. Ramírez, mi mejor amigo, ya no existía, Y todo por culpa de unos bastardos encapuchados que viajaban en un extraño vehículo sin ruedas y esgrimían armas para mí desconocidas...

Me erguí, despacio, dominando mis lágrimas. Kirk apretaba los labios y las mandíbulas con gesto ensombrecido, sus puños fuertemente cerrados. Fui a un cercano teléfono público, para llamar a una patrulla policial.

Por el camino, me detuve. Clavé mis ojos en el asfalto.

Era extraño. Ellos se habían evaporado, los malditos asesinos, hijos de perra... Como si nunca hubieran existido. Pero existieron. La muerte de Ramírez era la mejor prueba de ello. Existieron..., y se diluyeron en el aire. Algo así como leves sombras polvorientas se recortaban difusamente en el asfalto de la calzada. Hubo un leve soplo de brisa nocturna, y las siluetas se difuminaron por completo, como si

hubieran sido trazadas con ceniza,

Pero algo quedaba allí, ante mí. Un solo objeto que uno de ellos perdiera al caer sin vida, y sin duda se arrancó, en su agonía, tratando de respirar mejor.

Una caperuza negra.

Una caperuza de tejido brillante, con trazos fosforescentes, representando una calavera humana de siniestra sonrisa.

Era el único objeto que quedaba, como huella del paso de aquellos vándalos criminales sin rostro. Las demás caperuzas, como las ropas de los abatidos, se diluyeron con ellos mismos, sin dejar la menor huella. Todo cuanto llevaban consigo, incluidas las destructoras armas del fuego azul, había desaparecido.

Pero estaba aquello: la caperuza. Podía ser una pista. Tal vez la única pista...

Recogí la prenda del suelo. Era liviana y esponjosa. La guardé en el bolsillo, mecánicamente. Y seguí adelante, hacia la cabina telefónica, para informar a la policía...

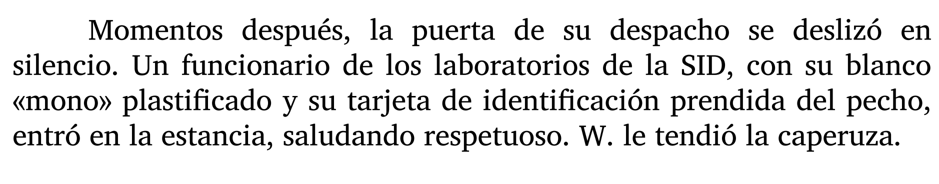
* * *

W. me escuchó en silencio. Luego, recogió la caperuza negra, estudió sus trazos. Enarcó las cejas, mirándome de un modo extraño. Parecía enormemente preocupado por algo.

—Dios mío... —murmuró—. Dios quiera que no lo haya sabido ya...

—¿Sabido? —interrogué—. ¿Quién? ¿El qué?

No me respondió. En vez de eso, marcó un número interior de la organización, y me hizo un gesto para que me acomodase. En silencio, siguió examinando la caperuza negra. Entre sus dedos, el tejido parecía hecho con hilos de purísima seda, de un negro con matices centelleantes. Pero no era seda. Resultaba elástico como goma o plástico. Y tampoco era nada de eso, estaba seguro. El no parecía aún tan convencido de su naturaleza.


Momentos después, la puerta de su despacho se deslizó en silencio. Un funcionario de los laboratorios de la SID, con su blanco «mono» plastificado y su tarjeta de identificación prendida del pecho, entró en la estancia, saludando respetuoso. W. le tendió la caperuza.

—Analicen esto —dijo—. Tejido, dibujo, pintura… Todo. Busquen señales de cabellos humanos, posibles huellas, lo que sea. Quiero un análisis completo de esa capucha. Y es urgente.

—Sí, señor —el hombre guardó la caperuza en una bolsa plástica, que cerró herméticamente, iniciando su retirada—. ¿Nada más?

—No, nada más. Sobre todo, analicen la fibra cuidadosamente. Quiero todos los posibles datos de fabricación de ese tejido, que estén en la «memoria» electrónica de análisis.

—Claro, señor —asintió el técnico—. Antes de una hora, tendrá el informe completo.

Abandonó el despacho de mi jefe. Este me contempló luego largamente. Me hizo repetirle la historia de la noche anterior, hasta terminar con la muerte de Ramírez. Sacudió la cabeza, dolido.

—Lo siento —dijo—. Se le hará un buen funeral. La SID se ocupará de su viuda e hijo. Recibirán toda la ayuda posible, esté seguro. Lo único que no podemos hacer, es devolver la vida a su amigo, Zodiak.

—Lo imagino —dije con amargo sarcasmo—, ¿Por qué, señor? ¿Por qué tuvo que ocurrirle a él? Tal vez buscaban a otra persona, puede que a mí mismo… Oí que me mencionaban…

—Eso es seguro —afirmó W. con frialdad—. Le buscaban *a usted,* Zodiak.

—Ya —enarqué las cejas, incómodo—. ¿Por qué esa gente? ¿Sabe algo de ellos?

—No, nada —se encogió de hombros—. Sospecho algunas cosas. Pero sólo son sospechas, al menos por el momento.

—Ya es algo. Yo ni siquiera sé lo que está sucediendo. Esa gente viajaba en un vehículo raro. Sin ruedas, veloz y silencioso. Pero con forma de automóvil moderno. Sus armas me resultaron desconocidas…

—¿Qué impresión sacó usted de todo ello? —me preguntó sin desviar sus ojos de mí.

—No sé… Mi primera impresión es que podían proceder de algún sitio raro. De… de otro planeta, pongamos por caso. Pero luego, su modo de hablar me quitó la idea de la cabeza. Hablaban un inglés como el suyo o el mío, señor. No, no eran alienígenas. Procedían de este mundo, estoy seguro. Pero ¿de dónde? ¿Por qué tenía yo que ser muerto por ese grupo?

—Es lo que me preocupa, Stan. Si mis sospechas son ciertas, es posible que lleguemos tarde,

—¿Tarde? ¿Adónde?

—Al lugar donde usted ha de ir para cumplir su misión. Y eso es lo que más temo. Lo peor que podía sucedemos. Si… si *él* sabe de antemano lo que pretendemos…, todo va a ser infinitamente más difícil.

—¿El? —repetí—, ¿Quién es… *él?*

—El Dominador —suspiró W. con tono cansado, moviendo su cabeza.

—El Dominador? —le miré, perplejo—, ¿Quién es ese tipo?

—El representa la Muerte Negra, Zodiak. La misma Muerte Negra que usted vio anoche en la calle, en forma de un grupo de asesinos encapuchados… Sus rostros, imagino, son el símbolo mismo de esa Muerte Negra que debemos combatir antes de que sea demasiado tarde para América… y para el mundo entero.

—De modo que es eso… —murmuré con amargura—. La muerte de Ramírez, la presencia de esos malditos criminales…, está relacionada con la misión que yo rechacé en principio…

—Sí, Zodiak. Me temo que sí. Sólo que ellos, en ese momento, ignoraban que usted había rechazado la tarea. Pero su misión era matarle, para evitar problemas. También El Dominador sabe que usted es el elegido por la computadora. De modo que *sabe* igualmente que usted puede ser el hombre que va a intentar destruirle…

—No, no logro entender nada —gemí—. ¿Qué relación tiene ese siniestro sujeto, esa gente asesina, con… con un bebé de ocho meses a quien se espera que yo ejecute?

—Tenemos poco menos de una hora para saber, a ciencia cierta, la respuesta que puede darnos la única pista en nuestro poder: la caperuza de uno de los ejecutores. Suficiente tiempo para que usted vea algo, Zodiak.

—Ver... ¿el qué?

—A su enemigo en persona. Al Dominador. A sus hordas de la Muerte Negra... Venga conmigo. Va usted a conocer el destino de América..., si usted no logra impedirlo.

Le seguí, perplejo, indeciso, sin saber adónde conducía todo aquello, que parecía un auténtico juego de locos.

Sin embargo, cuando llegué a entrever algo, cuando empecé a saber ciertas cosas, minutos más tarde, un escalofrío de horror me sacudió.

Lo que presencié, era demasiado terrible, demasiado espantoso para poner en duda lo que dijera W. en cierta ocasión.

Sí. Creo que entonces, por primera vez, vi la noche sin fin de una América que agonizaba ante mis ojos.

CAPÍTULO IV

La agonía de América toda...

Empezaba allí. Justamente allí, en Nueva York, convertida en Ciudad Capital de los Estados Norte-Centro-Sudamericanos. Un imperio que llegaba desde los lagos canadienses hasta la Tierra del

Fuego, en la Patagonia.

Y como amo y señor de todo ello… El Dominador.

El Dominador…

Le contemplé absorto, sin dar crédito a mis ojos, a mis sentidos todos, atraídos por aquella filmación en color y con imagen tridimensional, que iba proyectándose en la pantalla electrónica, con un verismo escalofriante.

Era un gigante. Un auténtico gigante de más de dos metros y medio de estatura. Un coloso atlético y monolítico, de rígido cuello, cabeza enhiesta, como un gran busto de bronce, cabellos albinos, rostro impenetrable, duro, como cincelado en granito… Y su indumentaria espectacular, efectista, con la amplísima capa azul, con el ceñido traje, como una malla, representando estrellas y franjas rojas y blancas. La bandera de los Estados Unidos…, con un raro símbolo siniestro en pleno centro, sobre el pecho del coloso.

Una calavera negra.

Una calavera que me recordó inmediatamente las caperuzas de mis odiados enemigos de la noche anterior. El símbolo de la Muerte Negra, como dijera W…

El Dominador estaba desfilando por el centro de Nueva York, bajo una lluvia de octavillas, en medio de un ensordecedor clamor popular, erguido en un vehículo rojo y azul, con el símbolo de la Muerte Negra en su carrocería.

Lancé una imprecación. ¡El coche avanzaba por las calles de Manhattan, suspendido en el vacío, a poca distancia sobre el asfalto…, *sin ruedas*!

Detrás y delante del coche del Dominador, otros vehículos se movían lentamente, en cerrada escolta. Vehículos con hombres armados. ¡Hombres encapuchados de negro, con rostros fosforescentes de calavera, y empuñando los mismos rifles de fuego azul que yo conociera la noche anterior!

Grandes pancartas cubrían las calles, de edificio a edificio, formando una especie de arcos triunfales, al paso del gigante albino. Pude leer algunos de ellos con toda claridad:

«¡AMERICA, POR *EL DOMINADOR*!»

«¡AVANCEMOS SOBRE EL MUNDO

ENTERO Y SEAMOS SUS DUEÑOS!»

«¡POR LA NUEVA AMERICA TRIUNFADORA, POR SU DOMINIO DEL MUNDO, EN NOMBRE DE NUESTRA SUPREMA FUERZA ANIQUILADORA!»

«¡MUERTE A LOS ANTIGUOS AMERICANOS Y A SU FALSA LIBERTAD, ESCLAVITUD Y VERGÜENZA PARA LOS PUEBLOS DEL CONTINENTE, PARA LAS RAZAS INFERIORES, QUE SERAN INMOLADAS POR EL BIEN DE LOS SUPERIORES! ¡SUPERHOMBRES AMERICANOS, TODOS CON *EL DOMINADOR*!»

Era estremecedor. Alucinado, contemplé a la multitud que vitoreaba al Dominador. Cosa curiosa: TODOS ERAN PALIDOS, ALBINOS O MUY RUBIOS, como una Humanidad descolorida. Los carteles y pancartas seguían al paso del Dominador y su cortejo. De pronto, se detuvieron todos ante un gran indicador con una flecha, donde señalaba:

«¡ATENCION! ¡A ,UNA MANZANA,

EL *GHETTO* NEGRO!»

El clamor de la masa rubia se hizo insistente, como un monocorde zumbido lejano. Vi sus miradas glaucas, descoloridas, volviéndose hacia algo que les separaba de ese *ghetto* miles de veces peor y más abominable que el Harlem segregado que yo conocía.

Una alta verja. ¡Una verja con la señal de peligro por alta

tensión!

Tras la verja..., el horror, la vergüenza de un espectáculo repugnante. Cientos, miles de negros, hacinados, con expresión aterrorizada, contemplando a los demás, como fieras o alimañas encerradas en una gigantesca jaula de la que era imposible salir. Entre ellos y la verja electrificada, una zanja con púas impedía que saltaran sobre la red metálica. Vi mujeres, niños, ancianos, mezclados con hombres jóvenes, todos ellos uniformados de gris con unas túnicas largas que flotaban en tomo a sus cuerpos de color.

—¡Ved ahí a los inferiores! —rugió una poderosa voz por un sistema de amplificadores que convertían el tono del orador en un auténtico trueno—. ¡El *ghetto* negro, que pretendió la loca empresa de liberarse de sus confines, recurriendo para ello a la violencia, ha sido condenado a la demolición por el Alto Tribunal de nuestro Gobierno!

Un clamor entusiasta acogió esas palabras. Vi que los labios del coloso albino se movían ligeramente. Algo, junto a su cuello, un micrófono sin duda, transmitía su voz a los poderosos altavoces, difundiéndola por doquier, con el volumen de algo llegado de los cielos.

—¡Sí, sí! —clamaron miles de voces, en un coro impresionante, digno de una gigantesca puesta en escena para una tragedia griega—. ¡Muerte a los negros! ¡Aplastemos a los inferiores! ¡Exterminio para las razas miserables...! ¡Abajo los *ghettos*! ¡Queremos un mundo limpio y feliz, sin sucias criaturas inútiles! ¡Muerte, muerte, señor, para todos los que no sean superiores!

El clamor era estentóreo, estremecedor. Contemplé, como hipnotizado, aquella masa dantesca, apiñada en tomo a su dictador albino, extendiendo sus brazos pálidos, sus rostros sin color crispados en una mueca infinita de odio, sus ojos desorbitados, sus manos extendidas en demanda de una gracia suprema de su amo y señor.

W., evidentemente, no era la primera vez que asistía a aquella inexplicable grabación en *videotape* de 3-D, porque fijaba sus ojos en mí, como analizando cada una de mis reacciones, cada movimiento de mis músculos faciales, por insignificante que fuese.

— ¡He escuchado la voz de mi pueblo! —sonó ahora el vozarrón poderoso del Dominador, agitando sus brazos en el aire, enfáticamente—. ¡Y yo, vuestro gobernante, siempre concedo a mi gente lo que de mí desea y exige! ¡Voy a ser generoso con vosotros, y

os concederé el privilegio de asistir personalmente a la ejecución de esa masa de animales humanos encerrados en el *ghetto,* esa escoria social de piel oscura y cerebro estrecho, que una vez pretendieron ser libres e igualarse a nosotros, los superiores!

—¡Sí, sí! —rugieron miles de voces—. ¡Queremos asistir! ¡Queremos ver cómo son exterminados los humanos de baja condición! ¡Muerte a todos ellos!

—¡Muerte, muerte, muerte! —repitieron hasta el infinito miles de voces más, en un eco cruel, despiadado, de ferocidad inhumana.

Los negros encerrados en el *ghetto* electrificado, contemplaban todo aquello con el pánico y el horror que la convicción de su destino les producía. Evidentemente, conocían muy bien a los pálidos y rubios seres del exterior, exigiendo su sacrificio brutal. Y conocían la «justicia» del coloso erguido en el vehículo flotante.

Aun así, lo que siguió fue demasiado horrible, demasiado espantoso para ser imaginado siquiera. Me quedé petrificado, mudo de horror, cuando la escena se desarrolló ante mis ojos, con crudeza sin límites.

A una señal del Dominador, los encapuchados negros saltaron de los vehículos ordenada, disciplinadamente. Avanzaron hasta las cercanías de la alambrada. Inesperadamente, maniobraron unos interruptores situados en una cabina inmediata, rotulada con el aviso de peligro por alta tensión.

Al otro lado de la. valla metálica, los ciudadanos negros se convirtieron en una escena patética, que sin embargo provocó la hilaridad insana de aquella humanidad de seres feroces y crueles. Los infortunados ciudadanos de color, comenzaron a brincar, al extenderse bajo sus pies, por una serie de conductos invisibles hasta entonces, descargas frecuentes, como un electro-*shock* constante, violento y doloroso.

Empujados por el dolor y el miedo, intentaron huir de aquellas descargas. Se precipitaron hacia el foso de púas, donde cayeron, intentando salvar el obstáculo. Fue una masa humana con gritos desgarradores, la que se abatió sobre los pinchos. La sangre empapó los cuerpos que se agitaban en el fondo. Y sobre ellos, desesperadamente, pasaron los supervivientes, alcanzando la alta alambrada, que empezaron a escalar, golpeándose entre sí, derribándose con ferocidad, en su exasperada pugna por la vida.

Cuando la red toda estuvo repleta de cuerpos oscuros en escalada furiosa, los siniestros servidores del Dominador maniobraron de nuevo los interruptores. Esta vez, conectaron la alta tensión sobre la alambrada. En el rostro pétreo y hermético del coloso albino, una especie de sombra de sonrisa puso una nota de dureza y frialdad sin límites. Afirmó con su blanca cabeza de pelo liso, largo, sedoso y blanco.

Se estableció la conexión definitiva.

Fue espantoso.

Millones de voltios recorrieron entre un chisporroteo aterrador la red de alambre. Los cuerpos humanos, repentinamente humeantes, sacudidos por la descarga atroz, se convirtieron en formas calcinadas o en formas con un intenso hedor a carne abrasada. El sistema de video, en color, tridimensional y con olor, producía una vivida, tremenda sensación de verismo que me produjo escalofríos.

Cientos, miles de negros, de niños, mujeres, hombres de toda edad, indefensos, desnudos a excepción de la uniforme túnica gris, cayeron atrás o se quedaron aferrados para siempre a la alambrada, ennegrecidos e irreconocibles. Un pánico sin límites sacudió a los muy escasos supervivientes que quedaban dentro del trágico *ghetto.* Y esos supervivientes, al intentar escapar, alejarse de la mortífera alambrada, fueron barridos por chorros de fuego azul de las armas de los encapuchados. Una masa de cadáveres sangrantes y de cuerpos mutilados fue todo lo que quedó de ellos, en las calles del *ghetto.*

La tragedia había terminado. En pocos minutos, millares de vidas humanas habían sido bestialmente sacrificadas ante una masa que rugía de gozo con la *masacre.* Nueva York ofrecía ahora un nuevo Harlem dantesco y enrojecido con sangre humana inocente.

El clamor se volvió estruendoso alud de «¡vivas!» al tirano sanguinario, que agitaba sus brazos, complacido, ante la masa satisfecha. Luego, los altavoces emitieron vibrantes palabras en la voz poderosa y sonora del gigante albino:

—¡Satisfice vuestros deseos, pueblo mío! ¡Los últimos negros de nuestro país han sido exterminados, por fortuna para la raza superior y para el futuro del Hombre! ¡Yo os prometo que en breve plazo también asistiréis gozosos al exterminio de todos los judíos y todos los sudamericanos de piel morena que existen en nuestros otros *ghettos*! ¡Es el camino glorioso para llegar a la cumbre de la perfección

humana, de la suprema inteligencia y el grado de Superhombres de la Nueva América! ¡Vuestro gobernante así os lo promete!

Nuevos clamores de entusiasmo acogieron aquel anuncio escalofriante de nuevas y masivas matanzas de gente de otras razas o de simple piel oscura o cabellos de diferente pigmentación al enfermizo rubio o el intenso albino de aquella especie de nueva sociedad incolora y fofa. El Dominador se alejó con su vehículo flotante, por las amplias avenidas neoyorquinas, siempre rodeado por el entusiasmo popular. Atrás, en el *ghetto* alambrado, montones de cadáveres y de cuerpos hechos carbón, eran la única huella de la tragedia. Una huella que se disponían a borrar definitivamente las brigadas de limpieza urbana, con grandes colectores flotantes y equipos de trituración de desperdicios. Al parecer, no importaba que esos «desperdicios» fuesen ahora huesos y carne humana...

En la pantalla estereoscópica, se hizo la oscuridad. El videotape había terminado. Respiré hondo. Me eché atrás en mi asiento. Miré a W., en silencio. Y él a mí. Aunque la sala de proyección tenía aire acondicionado, de repente se notaba allí dentro un calor pegajoso y una tensión insoportable.

—Dios mío... —murmuré—, Al menos, sólo puede ser ficción, imagino...

—¿Ficción? —W. me estudió gravemente. Entrelazó los dedos de sus manos, pensativo—. No, Zodiak. No es ficción, exactamente. Lo que usted ha visto ES ALGO REAL, SUCEDIO ASI.

—¿Qué? —exclamé, atónito—. Eso no puede ser. Ese Nueva York que hemos visto ahí... no es el Nueva York que yo conozco. Existen *ghettos,* injusticia social y racismo. No somos una sociedad perfecta, señor. Pero no llegamos a... a *eso.* ¿Quién filmó esa película? ¿Cómo pudieron realizarla tan vívidamente?

—Es largo de contar. Y difícil de creer, Zodiak. ¿Ha visto algo familiar en esa filmación?

—Por supuesto. Las caperuzas. El vehículo sin ruedas. Las armas de fuego azul. Todo es igual que lo que vi anoche. ¿Qué sentido tiene eso?

—Aún no lo sé, Zodiak. Pero usted ha presenciado algo que OCURRIO. O quizá mejor sería decir que... SUCEDERA.

—*¿Sucederá?* No entiendo...

—Stan, acaba usted de ver al Dominador en persona. Ese…, ése es el ser a quien usted debe matar, sea como sea. Y lo antes posible.

—Pero… ¡pero eso es absurdo, señor! —protesté—. ¡Se me dijo que debía matar a un niño de ocho meses, no a un gigante albino de dos metros y medio de estatura y, cuando menos, cuarenta años de edad!

—En realidad, Stan, ambos tenemos razón. Ese niño de ocho meses… y el gigantesco albino llamado el Dominador… SON UNA MISMA PERSONA.

—¿Qué? —exclamé, más asombrado que nunca, sintiéndome hundido en el mayor aturdimiento.

—Stan Zodiak, usted acaba de ver algo que *todavía* NO ha ocurrido. Pero que ocurrirá DENTRO DE CUARENTA AÑOS, en Nueva York, y en toda América… —me dijo increíblemente—. Sí, amigo mío. Ahora, en estos momentos, el Dominador futuro cuenta sólo ocho meses de edad. Pero *ya existe* en alguna parte. Está comprobado. Usted…, usted tiene que *evitar* que esto que ha presenciado llegue a suceder. Y no existe otro medio de conseguirlo que matando al futuro Dominador antes de que sea más fuerte que nosotros. En realidad, Zodiak, usted acaba de ver una filmación obtenida por el profesor Farentino… a través de una máquina suya que PENETRA EN EL FUTURO DEL MUNDO. Los asesinos que anoche intentaron matarle a usted, Zodiak, eran enviados por el Dominador DESDE EL FUTURO. Eso quiere decir que él SABE YA que usted será el encargado de impedirle vivir para alcanzar su sueño de poder futuro…

SEGUNDA PARTE

OPERACION: FUTURO

CAPÍTULO PRIMERO

Leí la cinta de la computadora. Eran cifras exactas, de asombrosa precisión:

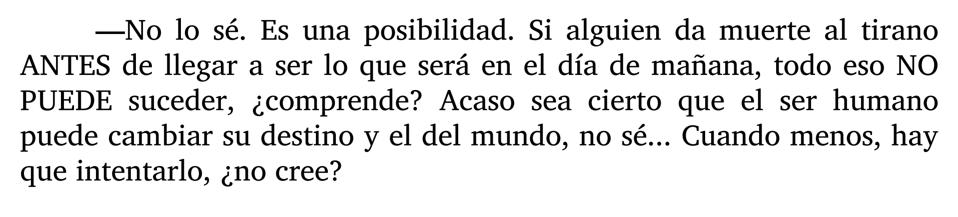
> «40 AÑOS Y OCHO MESES. AÑO 2025 DE LA ERA CRISTIANA. AÑO 10 DE LA ERA DEL DOMINADOR. PECHA EQUIVALENTE AL DIA DE HOY. EFEMERIDES MAS IMPORTANTE DEL DIA: EXTERMINIO DE UN MILLON DE NEGROS BRASILEÑOS EN RIO DE JANEIRO Y 350.000 INDIOS VENEZOLANOS, COLOMBIANOS Y BOLIVIANOS.»

«Una efemérides terrorífica», pensé, dejando caer la cinta grabada por el cerebro electrónico. Miré con horror al profesor Farentino, tristemente apoyado en su compleja máquina, con su orgullo creador vencido por su propia desolación ante las exploraciones electrónicas de su mecanismo en el futuro...

—Dios mío... —murmuré—, ¿Esto tiene alguna posibilidad de ser cierto?

—Tiene *todas* las posibilidades —admitió con amargura—. La máquina registró y grabó en su «memoria» no sólo el asombroso videotape que usted ha visionado hace poco, sino datos, referencias, efemérides e informes concretos, seleccionados por su cerebro electrónico. No le quepa duda. Tal día como hoy, en el año 2025, el Dominador tendrá cuarenta años y ocho meses de edad, y esta fecha será una más en el triste curso de las *masacres* sobre el continente americano. Será una larga noche de terror, de sangre y exterminio la que vivirá nuestro continente por entonces, señor Zodiak.

—Pero..., pero si todo eso es cierto, si su máquina alcanzó el futuro y registró esos acontecimientos, profesor... NADIE podrá evitar que suceda lo que está sucediendo ya en ese futuro.



—No lo sé. Es una posibilidad. Si alguien da muerte al tirano ANTES de llegar a ser lo que será en el día de mañana, todo eso NO PUEDE suceder, ¿comprende? Acaso sea cierto que el ser humano puede cambiar su destino y el del mundo, no sé… Cuando menos, hay que intentarlo, ¿no cree?

—Según esa teoría, muerto el futuro Dominador… nada de eso sucederá luego.

—Exacto. Es la única solución que nos ha sugerido el cerebro electrónico. Luego, usted ha sido elegido.

—¿Por qué yo, profesor Farentino?

—Lo ignoro. La máquina le juzgó el hombre idóneo. Alguna razón habrá. Ahora debe buscar a ese niño de ocho meses. Y eliminarlo. Si ha visto lo que grabó mi máquina, comprenderá que no hay otro remedio, si queremos salvar al mundo…

—Ya he aceptado la misión —resoplé—. Es posible que sea un crimen asesinar a un bebé. Pero ese bebé sería hombre alguna vez. Y si. es quien vi hoy en esa grabación… vale más que no exista. Pero ¿cómo localizarlo? ¿Cuál es su nombre?

El profesor Farentino se encogió de hombros. Fue sincero en su respuesta:

—No hay datos computados. Ignoramos su nombre. Y todo otro detalle.

—De modo que sólo se sabe que tiene ocho meses de edad… y es albino —murmuré.

—No —negó vivamente Farentino—, Eso, no. No cometa ese error.

—¿Error? ¿Qué error? —me sorprendí.

—El niño no ha de ser necesariamente albino. No es una pista. En el futuro, los llamados «de raza superior», habrán sometido sus personas a un proceso depurador, como una hibernación tras la cual habrán alterado sus cromosomas y células, hasta el punto de ser todos albinos y muy rubios, de tez blanquísima y ojos claros. Es… una mutación. Obligada por la ley del Dominador, para que todos los Superiores sean así, pálidos y rubios. Algo que los de raza negra, amarilla o los que lleven sangre india o sean muy morenos, no podrán

jamás disfrutar, porque los detectores raciales avisarán de su condición «inferior». Así serán las cosas entonces. Pero ahora, nuestro siniestro Dominador del futuro… puede ser cualquiera. Cualquier niño de pocos meses, Zodiak…

* * *

—Cualquier niño de pocos meses, Opale. ¿Te das cuenta exacta de lo qué eso significa? —miré larga, tristemente, el sueño apacible de Neil, mi futuro sobrino—. Cualquiera… Incluso Neil podría serlo…

—Por Dios, no digas cosas horribles, Stan… —me miró ella, angustiada, tras dirigir una ojeada pensativa a su sobrinito de poco tiempo, que dormía apacible en su cuna—. Es el hijo de Karyl y de Bert. Es mi sobrino. Lleva nuestra sangre. Será pronto tu propio sobrino también. ¿Cómo puedes hablar así?

—Lo siento. No me refería exactamente a Neil, claro está… Hablaba de… de un niño. Un niño al que es preciso matar…

Opale me escuchaba con gesto de preocupación, con un sensible destello de horror, allá en el fondo de sus hermosos ojos, fijos en mí, como si estuviera ante un hombre diametralmente diferente a quien ella había conocido durante todo aquel tiempo de relaciones nuestras.

Y no le faltaba razón. En el fondo, estaba descubriendo quién era, realmente, Stan Zodiak. El hombre cariñoso y efusivo que ella conocía, tal vez no era yo, en realidad.

Yo era el subordinado de W., el hombre deshumanizado, al servicio de altos intereses nacionales e incluso mundiales. Un profesional del servicio secreto, una persona que debía anteponer su deber, frío y escueto, a todo otro sentimiento.

Sí. Opale tenía motivos sobrados para descubrir en mí a un Stan Zodiak diametralmente opuesto al que imaginaba. No sé si era eso lo que le causaba horror… o el darse cuenta de que las razones que tuve para no asistir aquella vez a su «fiesta familiar», en homenaje al pequeño Neil, eran infinitamente más terribles de cuanto ella pudo preveer.

—Dios mío, Stan, eso suena espantoso… —la oí gemir.

—Sí. *Es* espantoso, lo admito —suspiré.

—¿Por qué me lo has contado todo?

—No pude evitarlo. Tenía que sincerarme con alguien que no fuese un miembro de la Organización, con alguien que pudiera entenderme, que me tratase como un ser humano. Tú eres la única persona a quien podía revelarle la verdad. Y aun eso, faltando a mis más elementales obligaciones como miembro de la División de Servicios Especiales.

—Sí, lo entiendo muy bien —contempló al dormido Neil, pensativa—. Fue al ver al niño… cuando sentiste la necesidad de contarme lo que sucedía, ¿no es cierto?

—Sí, Opale. Es terrible. No puedo negarme a cumplir con mi deber. Me exigen una muerte implacable. Pero matar a un adulto, a un enemigo peligroso, no resulta tan duro. Lo realmente grave es eso: matar… a una criatura de aspecto inocente. ¿Qué importa lo que pueda ser en el futuro ese crío? ¿Qué forma existe de tranquilizar la propia conciencia tras un acto así?

—Pero…, pero ¿estáis realmente seguros de… de… que eso puede suceder?

—Totalmente, Opale —confesé con voz amarga.

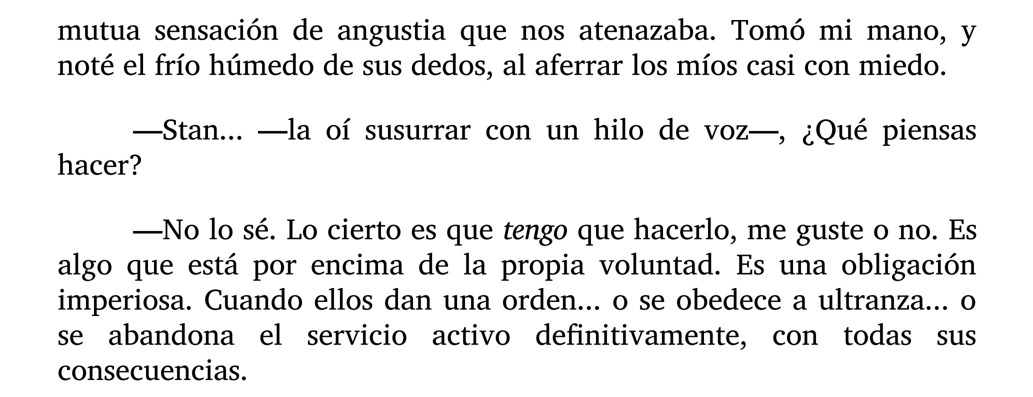
—¿Quién puede prever el futuro? Puede que todo sea solamente un error de cálculo, una tremenda equivocación que después resulte irreparable…

—No. No es posible. Se ha descubierto algo trascendental. Una especie de… de «máquina del tiempo». Un ingenio que penetra en el futuro y nos descubre hechos que están por acontecer todavía. No hay error. Las computadoras han señalado con exactitud esos datos…

—¿Es eso posible, Stan?

—No lo era, hasta hoy —respiré hondo—, Pero te confieso que yo mismo me he asomado a ese futuro y… y he sentido pavor, un horror inmenso ante lo que la máquina reveló. Mis ojos no podían dar crédito a lo que veían. Y ero todo tan… tan vivido, tan real, tan auténtico…

Hubo un silencio. El pequeño Neil dormía con su profunda respiración. Opale y yo nos miramos en la penumbra con una muda y



mutua sensación de angustia que nos atenazaba. Tomó mi mano, y noté el frío húmedo de sus dedos, al aferrar los míos casi con miedo.

—Stan... —la oí susurrar con un hilo de voz—, ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Lo cierto es que *tengo* que hacerlo, me guste o no. Es algo que está por encima de la propia voluntad. Es una obligación imperiosa. Cuando ellos dan una orden... o se obedece a ultranza... o se abandona el servicio activo definitivamente, con todas sus consecuencias.

—Todas sus consecuencias... —bajó la mirada—. Imagino cuáles son esas consecuencias, querido ...

—No, nadie puede imaginarlas. Es el fin. El desastre. Es la ruina para un hombre. Total.

—Entiendo. Por tanto, no hay alternativas...

—Ninguna. Debo matar a ese niño. Sea quien sea, esté dónde esté...

—Pero ¿cómo? —gimió Opale, asombrada—. *¿Cómo* vais a encontrarle, a localizarle, a saber a ciencia cierta QUIEN es ese niño, sin la menor posibilidad de error?

—Creí que el hecho de ser un albino gigantesco me ayudaría en algo. No es así. El niño es ahora completamente normal. Como cualquier otro... Se hizo gigantesco después, en un tratamiento especial de alteración metabólica y amplificación de células vivas. También cambió por completo su cabello, su apariencia... Será un ser que alardee de pertenecer a una raza superior, aunque todo ello será producto de tratamientos biológicos especiales, y no obra de la naturaleza.

—Resulta todo monstruoso...

—Lo es. El propio Dominador será un monstruo. Lo es ya, de hecho... en algún lugar del futuro.

—¿Qué quieres decir con eso? —pestañeó Opale, mirándome con asombro.

—Lo es... porque lo que ha ocurrido, ocurre y ocurrirá... ESTA OCURRIENDO simultáneamente, en el plano de un Tiempo diferente,

donde Pasado, Presente y Futuro no significan nada, sino el tránsito de unas estancias a otras. Es así teóricamente desde hace tiempo, pero ahora es algo más que teoría. Lo sé, Opale. Lo sé..., porque el Dominador, allá en el futuro, SABE que yo intento matar a un niño. Un niño que será EL... y, por tanto, si quiere sobrevivir y que se cumpla lo que hemos visto en el futuro, tiene que impedir que yo cumpla mi misión en el pasado de su existencia.

—Eso suena todo tan confuso...

—Lo sé. Pero es así. Y debo defender mi vida de asesinos llegados del Tiempo, del Futuro. Como él debe defenderse de mí, aunque nos separen cuarenta años de distancia.

—Y ¿cuál va a ser el final de esa batalla?

—No puedo saberlo, Opale. Intentaré ser yo quien triunfe. No sólo por mí, sino por los miles, millones de seres que serán exterminados o esclavizados por el poder absoluto, dictatorial, del siniestro Dominador. América toda corre peligro mortal mientras sobreviva ese personaje. Y después de América, será el mundo entero el que caiga bajo su dominio, esclavizándose a su poder diabólico. Es mi tarea: impedir que ese plan siniestro llegue a ser una realidad.

—Pero sigue el mayor problema en pie: el niño... ¿Cómo sabrás dónde encontrarlo?

Iba a responderle con una negativa ambigua, confesándole que sólo esperaba los datos que las poderosas y complejas máquinas cibernéticas pudieran proporcionarnos paulatinamente en las siguientes horas, para dar con la temible criatura. En ese momento, un crío menos preocupante, me interrumpió. Neil estaba llorando suavemente, con inquieto sueño.

Opale se inclinó a atenderle. Le acarició con dulzura, mientras el pequeño sollozaba cada vez más débilmente.

—Vamos, vamos, niño querido —musitó ella—. Duerme, duerme, mi pequeño...

Le vi abrir los ojos y sonreírle tiernamente a su tía Opale. Luego, me miró a mí, amplió su tierna sonrisa, y me extendió una manita gordezuela y tímida, que yo apreté con calor, sintiendo un nudo en la garganta.

—Querido Neil, descansa... —le murmuré, oprimiendo sus

deditos—. Duerme... Tu tío Stan no te molestará más con sus tontas palabras...

Besé aquella manita. El sonrió y se quedó dormido, con la sonrisa flotando en su boquita. Opale y yo salimos, dejándole reposar tranquilo. Me miró, como dándose cuenta de lo que pasaba por mí en esos momentos.

Incliné la cabeza, la apoyé en mis manos crispadas.

—Oh, Dios... —gemí entre dientes—. No puedo... ¡No puedo hacerlo, lo sé! No podré, Opale... ¿Cómo puede un adulto, fríamente, asesinar a una criatura a sangre fría... por peligrosa que resulte su vida en el futuro?

—Pero, Stan, no tienes otra solución...

—Tal vez sí existe —la miré larga, enérgicamente, dispuesto a todo, con una tremenda sensación de rebeldía dentro de mí—. Tiene que haber otro medio de hacerlo...

—¿Cuál, Stan? —dudó Opale.

—Ir en su busca... *¡al futuro!* —dije roncamente, quizá sin saber yo mismo en esos momentos lo que decía...

* * *

—¿Al futuro? —el profesor Farentino me contempló como si estuviese loco. Meneó la cabeza de un lado a otro, con aire negativo —. No, Zodiak, eso no puede ser. No aún...

—Profesor, he podido ser testigo de sucesos inauditos, que tendrán lugar dentro de cuarenta años. Su cámara, o su objetivo de filmación, logró «entrar» de alguna forma en ese futuro remoto y captar las imágenes que a todos nos han horrorizado. ¿No existe una forma similar de entrar allí físicamente, de ocupar el puesto de ese objetivo cinematográfico, y viajar en el Tiempo, como tantas otras veces se imaginó, para hacer algo decisivo en favor de la humanidad?

—No, Zodiak —el profesor Farentino se mostró singularmente agitado. Paseó, haciendo un brusco ademán con su mano, evitando

mirarme cuando lo hacía—. Todo tiene sus límites. Incluso la propia Ciencia. Yo he alcanzado algo grande. Usted ha asistido a sus resultados, terribles y a la vez maravillosos. De no ser por mi máquina electrónica, jamás hubiéramos sabido que dentro de cuarenta años, el destino del mundo sería ése. Pero viajar en el Tiempo es algo que nunca pretendí. Y aunque lo hubiese pretendido, hubiese fracasado rotundamente, es obvio.

—Profesor, yo he sido atacado por hombres que llegaron del futuro —protesté vivamente—. Agentes especiales del Dominador intentaron asesinarme. Eso prueba que ellos sí conocen nuestros planes y pueden viajar en el Tiempo, hacia el pasado, buscando a quienes pueden causarles un daño mortal.

—Zodiak, está usted hablando de cosas que sucederán casi medio siglo más adelante. Entonces, del mismo modo que nuestro hombre puede alterar sus células, cambiar la coloración de su piel y de sus cabellos, e incluso su estatura real, podrían lograrse otras muchas cosas que actualmente estamos lejos de alcanzar con nuestros conocimientos. Piense que hace cuarenta años los plásticos no existían, la electrónica era un proyecto en la distancia, y la aviación estaba en sus balbuceos. Bastaron cuarenta años para cambiar la faz del mundo. Quizá sólo veinticinco. ¿Y quiere usted igualarse con los hombres del futuro, situados a cuarenta años de nosotros?

—No pretendo tanto. Pero usted, profesor, ha encontrado algo que hasta ahora era simple utopía. Quiero creer que existe un término medio posible entre el mundo del Dominador y el nuestro.

—¿Un término medio? —pestañeó el científico, contemplándome con cierta inquietud que parecía ocultar vacilantes convicciones suyas—, ¿A qué se refiere, Zodiak?

—Justamente a lo que he dicho: la mitad de camino. No pretendo lograr lo que alcancen esas personas del año 2025. Sólo quisiera... encontrar al Dominador. Enfrentarme a él.

—Lo logrará sin necesidad de eso. Nuestras computadoras funcionan a tope. En pocas horas sabremos datos concretos sobre un niño que debe morir... Es el niño al que usted tendrá que ejecutar, para evitar que crezca y se convierta en el Dominador.

—¡No, profesor! —rechacé horrorizado—. No puedo. Sé que no puedo hacerlo. Prefiero morir yo mismo, o hundirme en la ruina física y moral..., pero no levantaré un dedo contra ese niño, sea quien sea.

—¿Está seguro? —Farentino me contempló con expresión grave, preocupado—. Si se negara a hacerlo, podría tener consecuencias irreparables para el mundo, usted lo sabe...

—Claro que lo sé. Como sé que, dentro de cuarenta años, esa criatura será un monstruo de maldad. Pero no lo es *ahora.* Incluso quizá sea capaz de sonreírme, de tenderme unas manitas inocentes y delicadas... ¿Con qué conciencia podría ser yo asesino de un ser así?

—Usted sabe por qué, Zodiak...

—Sí, claro. Todos lo sabemos. Pero el asesino debo ser *yo.*

—En su trabajo, no hay asesines. Sólo personas que cumplen con un deber muchas veces penoso, difícil, incluso inhumano. Pero lo hacen para salvar muchas más vidas humanas en peligro...

—No tiene que darme lecciones de ética, profesor Farentino —me enfurecí—. No puedo matar a un niño, eso es lo que dije. Si no me es posible viajar al futuro, a un futuro inmediato incluso, digamos..., digamos dieciocho o veinte años más adelante... cuando el Dominador futuro sea ya un joven, un adolescente, un hombre en suma... Si eso no puede ser, profesor, renunciaré. Con todas sus consecuencias.

Farentino me contempló largamente, en silencio. Parecía realmente hundido en un abismo de inquietudes y preocupaciones. Su voz sonó luego opaca, vacilante:

—Usted sabe cuáles serán esas consecuencias...

—Claro —dije desabridamente—. Lo sé. Las experimenté ya. Fui débil y cedí. No lo haré la segunda vez. Será definitiva. Que busquen a otro.

—No —suspiró Farentino—. Debe ser usted. El cerebro electrónico le escogió. ¿Por qué habría de ser otro? Eso podría significar un fracaso. Un grande e irremediable fracaso...

—Al diablo con todo. Si caigo yo, que caigan los demás.

—Usted no pide lecciones de ética. No me exija a mi tampoco que reciba lecciones sobre mi comportamiento de científico —se irritó Farentino abiertamente—. No puedo hacer milagros. Si no, le enviaría a todo riesgo al futuro. Pero ese viaje podría significar la muerte cierta.

—¿La muerte cierta... para mí? —pregunté secamente.

—Sí. Claro, Y no le hablo de un salto de cuarenta años, que es prácticamente imposible en nuestros tiempos. Sólo me refería a... a cosa de dieciocho o veinte años, como usted sugirió.

—Pero según eso..., sería posible probar —dije con brusca excitación—. Según usted... existe UNA posibilidad...

—Muy remota, Zodiak. Podría decirle que, entre cien posibilidades, tiene dos o tres de llegar felizmente a un punto del futuro... Y menos aún para poder volver. Digamos que sólo un cero cinco por ciento en ese caso...

—Imaginemos que lo intento. Y fracasa el juego. ¿Qué sucedería?

—Se quedaría perdido. Flotando en el Tiempo. Sin lugar donde quedarse. Sin pasado, presente ni futuro. Sin nada, Zodiak.

—¿Y... si sale todo bien?

—Ya le dije que son sólo dos o tres probabilidades entre cien —resopló—. Pero si resultase... se encontraría en los finales de este siglo. Cuando el futuro Dominador tendría ya más de veinte años...

—¿Usted..., usted PUEDE hacer eso, profesor Farentino?

—Claro —se apretó con fuerza una mano contra otra, indeciso—. Pero en un riesgo terrible. Debería solicitar autorización de sus superiores...

—Ellos nunca la darían.

—Lo sé —me miró fijamente. Sus ojos brillaban. Le temblaban las manos. Creo que se sentía violentamente excitado con la posibilidad de intentar el gran experimento de su vida. El que podía marcar su gran fracaso, su desastre total. O su mayor y más importante victoria—. Zodiak, tendría que meterse en una cápsula que tengo en construcción, sufrir una disgregación de células, de moléculas, de átomos... y, finalmente, verse proyectado a un punto del futuro que yo mismo ignoraría exactamente. Luego..., si eso falla..., ya sabe el resultado: no se volvería a materializar en sitio alguno. Sería un cuerpo disuelto en la nada. . Es un mecanismo anexo a mi Máquina Exploradora del Tiempo. Pero sólo está en experimentación. No hay nada seguro...

—Profesor, vale la pena intentarlo —supliqué—. Yo... yo NUNCA mataría a un niño, usted lo sabe...

—Sí —me miró largamente. Suspiró, sacudiendo la cabeza—. Lo sé. Venga conmigo, Zodiak. ¿Está dispuesto a... a viajar solo a un futuro desconocido que ni siquiera sabe si llegará a alcanzar?

—He hablado esto con un camarada —dije roncamente—. Kirk Benson está dispuesto a correr la misma suerte que yo.

—Dos personas... Puede ser muy difícil, Zodiak...

—¿Más que una sola?

—No mucho más. Pero siempre existen más problemas. De todos modos, creo que si uno de vosotros llegase... llegaría el otro también.

—Y si no..., los dos a la Nada —reí agriamente—.

Bien. Adelante con eso, profesor. Nos lo jugamos todo a una carta. Que sea lo que Dios quiera ...

—Dios mío, si se enteran de esto, nunca más trabajaré para el Gobierno —se quejó el profesor Farentino amargamente—. Es una auténtica locura.

—Claro que lo es. Pero más locura es esperar que mi conciencia reaccione tan mecánicamente como una computadora, y haga lo que ella dice. Yo no venceré al Dominador con esos procedimientos, usted se ha dado cuenta de ello. Y sabe lo que significaría mi fracaso.

—En teoría, todo lo que sucede, *tiene* que suceder realmente así. Pero yo no soy fatalista ni creo en la inflexibilidad del Destino. Pienso, como algunos filósofos, que el destino puede alterarse, y que el Hombre tiene en sus manos ese recurso en todo momento. Hemos visto el futuro, sí. Pero puede ser así..., o puede que no. Lo cierto es que aún no ha sucedido. Y usted podría ser el hombre que alterase ese futuro con su intervención. Si es así, unos dirán que ha sido la más grande hazaña lograda por el ser humano, venciendo al Tiempo y al Espacio. Otros, los más escépticos, opinarán, simplemente, que mi máquina es un fraude, y lo que vieron en su estereoscopio, una burda farsa, una simple película. Yo sé que esto no es cierto, como lo sabe usted. Y eso es lo que realmente cuenta para nosotros y para el mundo. ¿Cuál es su propósito, Zodiak?

—Encontrar al Dominador cuando ya sea un hombre, cuando

pueda defenderse, luchar... Pero no cuando sea el amo absoluto, porque entonces me vencería fácilmente. Sería una lucha demasiado desigual.

—Muy bien. Podría proyectarle... o intentarlo, cuando menos... a veinte años de distancia. Al 2005, pongamos por caso... —reflexionó Farentino, que no podía dominar su excitación.

—Sí. Eso estará bien. Con veinte años cumplidos, nuestro hombre será ya un adulto en disposición de defender su vida.

—Y quizá peligroso ya. Piense que su obra no pudo alcanzarse en un par de años. Debió pugnar por sus sueños demenciales de poder y tiranía desde muy joven.

Le llevó tiempo rehacer su verdadero físico, para convertirse en un gigante albino... Posiblemente cuando usted encuentre a su hombre en esa época..., ya no sea un inocente muchacho que sueña con ir a bailar con una chica atractiva, sino el mismo monstruo en embrión, con sus sentidos megalómanos muy desarrollados... Hasta podría suceder que posea ya la suficiente fuerza para derrotarle. ¿Lo ha pensado bien?

—Sí —afirmé, apretando las mandíbulas—. Lo he pensado bien, profesor. Muy bien. Prefiero correr ese riesgo, a convertirme en un asesino de niños. Está decidido.

—Bien —suspiró el científico, apoyando una mano en mi hombro, y contemplándome largamente, con aire entre admirativo y preocupado—. Parece muy decidido, Zodiak.

—Lo estoy.

—Conforme. Vaya en busca de su camarada. Estaré esperándoles con el ingenio a punto. No permita que nadie sospeche nada. Cuando sus superiores sean informados, usted ya deberá de estar lejos de aquí. Lejos... en el Tiempo.

—¿Qué le sucederá a usted, profesor? —me inquieté.

—Nada. No tema —sonrió, encogiéndose de hombros—. Después de todo, yo soy solamente un científico, no un agente especial sujeto a determinada disciplina. Además, lo que está hecho...,ya nadie podrá deshacerlo en modo alguno. Eso es lo que cuenta, amigo mío... No se demore. Todo estará a punto muy en breve.

—No tardaré —prometí—. Estaré aquí en seguida con Kirk Benson. Y que Dios nos ayude a todos…

—Sí —suspiró el profesor Farentino—, Creo que va a hacernos mucha falta…

CAPÍTULO II

El Temporama del profesor Farentino actuó.

No podíamos saber aún si bien o mal, pero actuó.

Un zumbido ensordecedor nos aturdió a Kirk y a mí, una vez situados en una especie de angosta cápsula interior, dentro de una oscura cámara de vacío. Afuera, Farentino manipuló unos controles. Una poderosa descarga eléctrica sacudid nuestros cuerpos y nuestro recipiente. Nos sentimos sumergidos en un baño centelleante de luz lívida, deslumbrante. Nuestros sentidos sufrieron una brusca sacudida.

Perdimos la noción de las cosas. Noté como si, de repente, mi cuerpo no existiera o no pesara nada. Como si me hubiera volatilizado, conservando solamente la consciencia, en aquel destello luminoso que nos envolvía.

Entonces debió comenzar el viaje.

Un viaje hacia otro lugar en el Tiempo, sobre nuestro propio mundo, acaso en el mismo sitio donde ahora nos encontrábamos. El desplazamiento de nuestros cuerpos, de nuestras mentes y, acaso, de

nuestras propias almas, se efectuaba a través de distancias que sólo podían medirse en segundos, minutos, horas, días, meses, años…

Era el gran salto a lo Desconocido. A lo que estaba todavía más allá del conocimiento humano. Era como brincar de la teoría a la práctica. Como convertir en cuerpos los números de tiza de un encerado, y penetrar hacia ellos, en la negrura misma de la pizarra… Como atravesar el espejo que tanto intrigaba a Alicia en la segunda fase de sus aventuras… [2].

Era algo nuevo. Distinto. Quizá inalcanzable. Quizá imposible.

Era jugárselo todo a una carta. O triunfar, pisando el suelo de nuestra ciudad en un futuro alejado de nosotros dos décadas enteras… o perecer en el empeño, desapareciendo para siempre en el vacío absoluto que no tenía distancias. Convertidos en nada. Hechos vacío mismo nuestros cuerpos.

Todo dependía de que el gran sueño científico de Farentino fuese algo más que eso: un sueño. Pero en estos momentos, ya ni siquiera teníamos miedo o preocupación. Habíamos dejado de sufrir, de sentir, de notar emoción alguna. Creo que, en esos instantes fugaces, sin medida de tiempo ni distancia, éramos solamente materia disgregada, pura mente flotando en un espacio intertemporal que jamás nadie imaginó.

Y luego…

Luego, la luz que nos envolvía se hizo oscuridad absoluta. Nos hundimos en una especie de sombría y viscosa inconsciencia. Dejamos de tener hasta el más vago conocimiento de nuestro destino.

Dejamos de «ser», creo yo.

Y eso, ¿cuánto duró?

Nunca lo supe. Creo que ni Farentino podría habernos dado una respuesta a ello. Lo cierto es que de repente, desperté.

Vi junto a mí a Kirk Benson, tan perplejo, tan desorientado como yo mismo. Nos contemplamos en silencio. Luego, miramos a nuestro alrededor.

Y comprendimos que lo habíamos conseguido. Estábamos en el año 2005. A veinte años de distancia de nuestro tiempo…

* * *

—Stan... Creo... creo que lo hemos logrado.

—Sí, Kirk —asentí, mirando a mi amigo de color—. Lo hemos logrado.

Esos edificios... Puedo conocer el parque de nuestra ciudad. Pero nunca hubo esos edificios, esa sorprendente arquitectura...

—Recuerdo algunos similares, en el estereoscopio de Farentino —asentí—. Eran muy parecidos. En estos veinte años ha debido surgir algún nuevo arquitecto con ideas diferentes a los demás. Una especie de renovado Le Curvoisier... A él, sin duda, se deben esas estructuras tan diferentes, tan nuevas y estilizadas...

—Pero, Stan, ¡hemos viajado, *realmente,* en el Tiempo!

—Cierto. Hemos viajado en el Tiempo, Kirk, Empiezo a darme exacta cuenta de ello. No me preguntes cómo ha sido..., pero lo conseguimos. Ahora, hay que hacer algo.

—¿Qué, Stan? Tú eres aquí el jefe, el cerebro más despierto. Me siento tan aturdido...

—Yo también... —me desperecé, contemplando el lugar donde nos hallábamos. Una especie de templete en medio de un pequeño lago artificial del gran parque urbano. No podía saber cómo fuimos a parar allí. Tal vez en aquel lugar' estuvo, en tiempos, el laboratorio electrónico de Farentino. Era la única explicación plausible que se me ocurrió. Examiné a algunos alejados transeúntes que recorrían las alamedas. Hombres, mujeres, niños... Había algo raro en ellos. Me di cuenta inmediatamente, y miré a Kirk, con cierta alarma—. ¿Ves eso?

—¿Qué, Stan?

—La gente. Viste *distinto.* Las ropas... no son como las nuestras. No es sólo la moda, es... el tejido. Parece metálico, pero es liviano, flexible... No podemos andar por ahí de este modo. Llamaríamos demasiado la atención, compréndelo.

—Es cierto. ¿Cómo obtener ropas? Quizá nuestro dinero no

valga. La moneda en circulación puede ser diferente…

—Esperemos que no —suspiré—. El dólar americano sigue siendo el mismo, virtualmente, desde después de la Guerra Civil. De todos modos, pronto saldremos de dudas… No existe otro remedio que salir de aquí e intentar comprar nuevas ropas. Y en la tienda más próxima posible.

—Pero nos verán así, como vamos ahora… ¿Qué les diremos?

—Deja eso, Kirk. Tengo una idea que puede ser convincente. Ya veremos… Ahora, tomemos una de esas canoas motoras que hay junto al templete, y vamos a tierra firme. La aventura comienza. En alguna parte, tal vez cerca de nosotros, un hombre de veinte años planea el gran sueño de su vida: ser el amo del mundo, destruir las razas que considera inferiores, y erigirse en el tirano de América y, posiblemente, de todo el orbe.

—¿Le encontraremos, Stan? —dudó Kirk.

—Tenemos que encontrarle. Sea como sea, hemos de dar con él…

* * *

—Hemos asistido a una baile de disfraces, amigo. Nos ataviamos a la moda de hace veinte años. Y unos pillos nos robaron las ropas normales, guardadas en nuestro coche. No nos atrevemos a ir así por el mundo. Proporciónenos unos trajes a la moda, por favor.

La explicación resultó convincente, y apaciguó en parte la extrañeza del dependiente de los almacenes. Aunque los clientes, ajenos a tal pretexto, seguían mirándonos con asombro, mientras íbamos al probador. Por fortuna, nos sentimos más cómodos cuando reaparecimos vestidos como el resto de los ciudadanos, sin despertar ya atención alguna.

Al pagar, no hubo problemas, salvo en la cuantía de lo adquirido. La vida había subido de forma desorbitada en los precios. Asombrado, vi desaparecer un billete de cien tras otro, hasta sumar seiscientos en la caja del establecimiento.

Salimos a la calle aturdidos. Conté el dinero sobrante. Apenas si tenía otros quinientos dólares. Era cuanto juzgué necesario para mi «viaje». Y resultaba .casi un pordiosero. Kirk examinó con aire lastimoso sus escasos trescientos dólares.

—Esto es como estar en la miseria, Stan —se quejó, mirándome tristemente—, ¿Cómo puede haber semejantes precios ahora? En sólo veinte años, la vida ha subido casi diez veces...

—Otras muchas cosas nos sorprenderán, Kirk. Recuerda que veinte años no ofrecen grandes cambios cuando uno los vive día a día, pero saltarlos bruscamente, de un solo golpe... es como morir y resucitar al cabo de ese tiempo. El impacto es demasiado fuerte. De todos modos, no puede negarse que nuestras ropas causarían sensación en nuestra época. El tejido es como una fibra, mitad de metal y mitad de plástico. Y la hechura es sorprendente..., pero armoniosa y hasta elegante, en su sencillez funcional.

—Tengo hambre —comentó de pronto Kirk, cuando caminábamos por el centro de la ciudad, contemplando, admirados, los avances de la técnica y del comercio, desde electrodomésticos a toda clase de objetos.

—Yo también —sonreí—. ¿Nos llegará para una hamburguesa?

—Quizá ya no existen las hamburguesas...

—Vamos a salir de dudas —señalé una puerta, sobre la cual se leía la mágica palabra «restaurante»—. Pero antes, examina bien los precios en la carta. Será lo mejor. No me gustaría saber cómo son las cárceles en el año 2005.

Nos sorprendió gratamente el confortable y aséptico restaurante. También los precios, increíblemente bajos, en relación al coste de la ropa. Pedimos pescado y carnes, y dos raciones de cerveza. Kirk añadió a su pedido tortas de maíz.

Cambiamos una mirada de sorpresa al llegar el camarero con lo pedido. Situó ante mí dos bolsas de papel metálico, un estuche de igual material, en forma circular, y unos cubiertos. Ante Kirk situó un envoltorio más.

Eran demasiado pequeños para contener nada. El camarero situó ante nosotros un recipiente metálico conteniendo algo. Perplejo todavía, abrí mi primera bolsa. Encontré dentro una especie de pasta oscura. Sacudí la cabeza. Apenas si había allí dos cucharadas de dicha

pasta. Inmediatamente, una ojeada al interior de la envoltura, me sacó de dudas.

Estaba escrito con detalle:

> «PESCADO AL HORNO EN SALSA.
>
> Aplíquese agua, tras depositar este concentrado en una bandeja adecuada. Espere treinta segundos a degustar un exquisito plato deshidratado. ¡Buen apetito!»

Sentí que lo perdía por completo, mientras el camarero nos traía platos y bandejas. Kirk, asombrado, leía lo mismo que yo en su envase. El recipiente circular contenía cerveza en cápsulas. Un chorro de agua fría, hacía el «milagro» de convertir el líquido en espumeante y dorada cerveza. Hasta la torta de maíz de Kirk estaba concentrada y deshidratada.

Pese a cuanto necesitábamos ingerir alimentos, jamás una comida me resultó más insípida ni antipática. Añoré las hamburguesas en nuestras calles, o un buen plato de carne en el peor local de la ciudad, allá en mi época.

Salimos del restaurante con gesto de circunstancias. Nos miramos, terminado por echarnos a reír.

—Ahora es cuando comprendo a aquellos que dicen que «cualquier tiempo pasado fue mejor» —dijo Kirk, conteniendo su hilaridad.

—Sí, yo también… —miré en torno, ceñudo—. Bien, y ahora… ¿dónde buscar al joven y futuro Dominador, Kirk?

—La verdad, no lo sé —confesó, mirándome fijamente—, ¿No se supone que eres tú el jefe de esta expedición, Stan?

Asentí, Kirk tenía razón. Estudié la moderna urbe, las ropas singulares de las gentes, muy en especial las brevísimas faldas de las muchachas y su ceñido corpiño, que realzaba sus formas de una manera turbadora.

—Vamos —dije—. Hay que comenzar la búsqueda. Nuestro primer paso, estriba en localizar a cuantos jóvenes de veinte años y ocho meses existan en la ciudad actualmente. El Censo nos ayudará en eso.

—Será como buscar una aguja en un pajar…

—Lo sé. Pero por algún sitio hay que empezar. Después, ya se nos ocurrirá algo, Kirk.

Echamos a andar, tras consultar un plano callejero, cerca de un tren elevado, hacia el edificio del Municipio. Era el principio de una difícil búsqueda.

Teníamos que encontrar al futuro Dominador.

Pero fue él quien nos encontró a nosotros.

Lo supe cuando los encapuchados de la Muerte Negra aparecieron por segunda vez ante nosotros.

* * *

Eran ellos. Los asesinos del infortunado Ramírez. Los esbirros del Dominador…

—¡Cuidado, Kirk! —avisé roncamente—. ¡Son *ellos,* otra vez!

Mi amigo los descubrió, con gesto de terror. Ambos comprendimos que el Dominador, allá en su futuro, había descubierto nuestro intento. Y también sus hombres viajaban al pasado, en busca nuestra. Era un encuentro en «tierra de nadie». Pero la fuerza seguía estando de su lado también ahora.

Recordé la presencia de los encapuchados en mi propia época. Eran idénticos en ropaje y armamento. Sus temibles metralletas de tecla roja aparecían en sus manos. La fluorescencia sobre las caperuzas, era también la de la calavera que ya viera yo antes, cuando otros individuos, enviados al Pasado, asesinaron a Raúl en mi propia época.

Esta vez no utilizaban los vehículos flotantes, sin ruedas. Habían

surgido sobre motocicletas monoplazas de raro diseño. Eran como plateados obuses provistos de turbinas en su parte posterior. Los manipulaban con una mano, y en la otra esgrimían el arma letal, que yo viera usar con su temible fuego azul, capaz de derretir el asfalto. Sus vehículos eran extremadamente rápidos y manejables. Eso les hacía más peligrosos aún en sus desplazamientos. Conté una decena de hombres encapuchados. Un enemigo demasiado numeroso y amenazador para nosotros dos. Aquí, ni siquiera contábamos con la ayuda de la División de Servicios Especiales de Seguridad Nacional. Estábamos abandonados a nuestro propio riesgo, en una época que nos era totalmente extraña.

Ellos parecían saberlo. Sus motocicletas formaron un cerco perfecto en torno nuestro, a prudencial distancia. Las armas nos encañonaron simultáneamente. Kirk, mi compañero, trató de hacer algo. Le vi buscar su arma.

—¡Quieto! —avisé con voz ronca.

Y ante su sorpresa, tiré mi arma al suelo, alcé los brazos y avisé a los miembros de la Muerte Negra:

—No hemos venido a destruir al Dominador. Sólo queremos llegar hasta él y exponerle nuestras condiciones. Este es un mensaje de paz, una forma de parlamentar. El no pierde nada recibiéndonos.

Los encapuchados se miraron entre sí, cuando sus dedos ya se movían amenazadoramente sobre las rojas teclas de percusión. Kirk Benson tiró su arma también, y le oí mascullar:

—¡Estás loco, Stan! ¡Nos asesinarán impunemente!

—Lo harían de todos modos —susurré—. Estamos en total inferioridad. No tenemos ni la más mínima posibilidad. En cambio, el Dominador no pierde nada escuchándonos...

—Es un riesgo terrible...

—Claro. Todo es riesgo ahora, Kirk —suspiré—. Ten calma. Si su jefe decide matarnos sin escucharnos, lo hará inmediatamente. Si no...

Kirk contuvo el aliento. Miró, como yo, al cerco de encapuchados. De ellos, de lo que hicieran con sus armas en los momentos siguientes, dependían nuestras vidas.

Y de lo que ordenase, desde el Futuro, un ser implacable, un

tirano monstruoso llamado el Dominador.

Ahora estábamos vivos, en un lugar del futuro. Un segundo más tarde podíamos estar muertos. Muertos en una época que no era la nuestra.

CAPÍTULO III

—Venid —ordenó fríamente uno de los encapuchados.

Parecía haber recibido una orden invisible, o bien obraba por su propia cuenta. Yo no creía en esto último. Los servidores del Dominador no podían adoptar decisiones personales, eso era evidente. Pero entonces, ¿quién se lo ordenó? ¿Y cómo?

—Vamos, Kirk —invité a mi camarada—. Creo que, por el momento, hemos salvado el pellejo. Nos invitan a seguirles.

—¿Por cuánto tiempo estaremos a salvo? —se quejó mi amigo de color—. El nos hará matar, eso es seguro. Sabe que le perseguimos a través del Tiempo. Que podemos impedir que el futuro sea como vimos que *era o podía* ser, Stan. El no permitirá que eso suceda. Sabe tanto de nosotros como nosotros de él. Nos hará ejecutar sin piedad.

—Estoy seguro de que ése será el final de todo… si dejamos que llegue —comenté, mientras alzaba mis brazos ostensiblemente, para seguir a los motoristas infernales—, Pero éste puede ser el medio de llegar cerca del Dominador… veinte años antes de que llegue a ser el gigante albino y monstruoso, dueño del poder, que vimos en el

videoscopio del profesor Farentino.

Miré a mi alrededor mientras los motoristas de la caperuza macabra nos rodeaban y escoltaban. Había transeúntes que pasaban por las proximidades. Vieron la escena. Me sorprendió verles salir con paso rápido, alejándose del lugar del suceso. Era como si tuvieran miedo de los enmascarados. No podían conocerles ni saber lo que significaban. Por tanto, ¿qué era lo que les asustaba? ¿Su indumentaria, sus armas, su actitud? Era algo que, por el momento, me llenó de dudas. Pero había cosas más importantes de las cuales preocuparse. Por ejemplo: de nuestro futuro inmediato, en poder de aquellos seres. Yo no podía olvidar que otros como él habían sido los asesinos de mi buen amigo Raúl. Pero debía conservar mi sangre fría, tratar de llevar la situación con la mayor serenidad posible.

Alcanzamos una calle inmediata. Los motoristas se detuvieron ante un amplio, vehículo, un camión especial, de aluminizada carrocería, y el distintivo de dedicarse a transportes frigoríficos. Las diferencias de diseño de los vehículos, veinte años después de nuestra época, no eran muy distintos en lo fundamental, aunque sí en su aerodinámica y en su estilización.

Se abrió una compuerta posterior del vehículo. Fuimos introducidos dentro, en medio de la escuadrilla de motoristas. Luego, la puerta se cerró herméticamente detrás. Entonces, una luminosidad azul invadió el interior del vehículo. Los encapuchados situaron las livianas motocicletas aéreas en hilera, en un extremo del recinto. Luego, nos hicieron acomodar en un ángulo del transporte. Notamos que se movía sobre sus ruedas, aumentando su velocidad ostensiblemente.

Contemplé a los anónimos personajes que nos habían capturado, en busca de alguna explicación sobre todo aquello. Ellos nos estudiaban en silencio, vigilantes. No dejaban nunca de empuñar sus armas.

—Sois los primeros en saltar la barrera del Tiempo —dijo el que antes diera la orden sobré nosotros—. ¿Cómo lo conseguisteis?

Permanecí mudo. El insistió, mirándonos a Kirk y a mí:

—Hasta ahora, nadie de vuestra época lo había conseguido. Esperábamos que nadie fuese capaz de ello. Al amo no le gusta la idea. Le diréis cómo os las ingeniasteis. De ello dependen vuestras vidas.

—¿Nos las respetará si hablamos de eso? —dudó Kirk Benson, en voz alta, un gesto de escepticismo y de duda en su moreno rostro, brillante ahora por la transpiración.

—Eso es cosa suya —el encapuchado nos miraba con frialdad a través de las rendijas abiertas en su máscara de singular tejido esponjoso—. Pero no hablar significa la muerte cierta. Dad gracias a ese secreto que poseéis. De otro modo, estaríais ya muertos.

Entendí una de las cosas que me hacían dudar. No nos asesinaron en el acto, porque de alguna forma su «amo» les había ordenado no hacerlo, en tanto no averiguase él a través nuestro el secreto que poseíamos para viajar en el Tiempo. Sin duda, temía que otros muchos como nosotros pudieran usar la misma «puerta» para cruzar los años y las décadas... Hasta entonces, sólo él disponía de tal medio, para que sus temibles asesinos se desplazaran al pasado, en defensa de su privilegio futuro. Era un extraño, alucinante juego a caballo de los tiempos, de los años, los lustros, las décadas... y tal vez en alguna ocasión incluso de los siglos. Si el Dominador se hacía señor del Tiempo y del Espacio, su poderío resultaría temible y devastador, incluso proyectado a otros tiempos, a otros seres y civilizaciones.

Traté de entender otro de los misterios que me preocupaban. Pregunté a mi captor:

—¿Por qué la gente huía al veros, y nadie pensó en pedir ayuda a la policía o atacaros?

—Eso tiene una fácil explicación —sonó la voz, riente, tras la máscara—. Esta es una época difícil para la gente. Todo parece apacible, pero no es así. El principio de autoridad se ha resquebrajado, y las bandas y *gangs* delictivos abundan por doquier y atropellan todo cuanto quieren. El Poder está en manos de un Gobierno federalista muy débil y vacilante, que andando el tiempo conducirá a un caos total, a un derrumbamiento de los sistemas de represión que garantizan la paz de la sociedad, y ello permitirá la llegada de un Sistema fuerte, como es el Dominador. Las hordas desmandadas, volverán a ser controladas rigurosamente. Los inferiores serán confinados en *ghettos*. Y las razas que mayor número de delincuentes hayan dado, serán exterminadas sin clemencia.

—Eso es una sarta de mentiras —dijo Kirk, airado—, ¡Si extermináis en vuestra época a los negros, será porque les habréis primero reducido a la esclavitud de nuevo, tras obligarles otros Gobiernos a convertirse en delincuentes para sobrevivir! ¡Vuestro

Dominador es un fraude, un falso Superhombre, un simple producto de laboratorio!

—Sea como sea, es la doctrina del amo. Y todos la obedecerán a ciegas —rió el enmascarado—. La están obedeciendo ya, allá en el futuro.

—Un futuro que quizá nunca llegue —dije fríamente—. Dentro del Tiempo, todo es relativo.

—Llegará. Nadie de vuestro tiempo va a impedirlo. Y menos aún del actual. Ya os dije que hoy, la gente de esta época anda amedrentada por las hordas delictivas. La policía no tiene medios para combatir el crimen organizado. La sociedad se tambalea… El amo lo sabe. Y empieza a crear ya su futuro, está convirtiéndose en el Superhombre…

El vehículo se detuvo en alguna parte. Los enmascarados formaron hilera amenazadora, hacia la salida. El cabecilla de todos ellos nos dio una orden:

—Bajad. Hemos llegado. Ni un solo truco, ni un intento de nada, o seréis muertos en el acto. Os vigilamos de cerca. Y la. orden es de ejecutaros al menor gesto sospechoso.

Asentí, dirigiendo una muda mirada de advertencia a mi compañero. Kirk asintió de mala gana, con una ojeada de ira dirigida a sus captores. La puerta aluminizada se abrió lentamente. Echamos a andar. Afuera, vimos oscuridad, penumbra. Bajaron seis de ellos al suelo. Los otros cuatro nos escoltaron, con sus temibles armas apoyadas en nuestros costados. Aunque hubiéramos querido, no hubiera sido posible hacer nada en este momento. Descendimos, pues, con la mayor docilidad, encontrándonos en una especie de amplia nave, ya fuese garaje o almacén, herméticamente cerrado. Otros dos encapuchados descendían de la cabina del transporte, igualmente armados. Los tipos no se confiaban fácilmente.

—Está bien —dijo una voz fría—. Bajadlos hasta aquí. Y marchaos. Ya no os necesitaré.

Los encapuchados asintieron en silencio. Nos hicieron descender unos escalones metálicos, hasta llegar a la presencia de un hombre vestido de oscuro, cuyo rostro aparecía cubierto igualmente por una caperuza. Pero ésta era gris y no mostraba calavera alguna. No iba armado. Junto a él, sorprendido, descubrí a una mujer de cabellos color platino, largos y sedosos. No iba enmascarada. Era

sorprendentemente hermosa, sonreía suavemente, y, sin embargo, mostraba un duro, frío destello de energía *y* decisión en sus verdes ojos.

Nos dejaron frente a la sorprendente pareja. Traté de ver más allá de ellos, a través de la rendija de una blanca puerta entreabierta. El encapuchado miró en esa dirección. Luego, clavó sus ojos en mí. Los tenía oscuros y brillantes.

—¿Intrigado? —preguntó.

—Un poco —admití—. Siempre me gusta saber dónde estoy.

—No hay motivo para, que lo ignore. Está en el Centro de Depuración Racial.

—¿El centro de Depuración Racial? —repetí, asombrado. Luego, creí entender. Recordé algo que me había narrado el profesor Farentino en el pasado. Y asentí, murmurando—: Oh, ya veo... La fábrica de superhombres... El lugar donde biológicamente se alteran los cromosomas y las células del ser humano, hasta convertirle en un ser de otra raza... Un pretendido ser superior, en suma. ¿No es eso lo que se hace aquí?

—Así es, exactamente —afirmó despacio el encapuchado gris—. Parece usted muy enterado de estas cosas...

—Lo estoy. Lo que ignoraba es que ya en el año 2005 existiera este Centro, que en el futuro será el laboratorio, el tubo de ensayo de dónde sacarán como por arte de magia un superhombre, un coloso creado artificialmente, para fatalidad del mundo y de la sociedad humana.

—Viene del pasado, sabe cosas de este presente y del futuro... —era ella, la dama platinada quien hablaba, con una glacial sonrisa que endurecía su hermoso rostro de esfinge—. Veo que no estábamos equivocados sobre usted, agente QY-1003...

La miré con sorpresa. Cuando le repliqué, mi tono no era amistoso:

—Vaya, yo también advierto que saben muchas cosas sobre mí... ¿Puedo saber quién es usted, hermosa dama desconocida, que incluso sabe mi nombre clave?

—Mi nombre es Zara —dijo ella fríamente—. Soy la prometida

de un hombre que está internado en este establecimiento que ha sido creado por iniciativa suya. Un hombre excepcional, cuyas ideas de un mundo mejor, llegarán un día a ser realidad.

—Usted..., ¡usted es la prometida del futuro Dominador!— exclamé, atónito.

—Sufre un leve error de tiempo— me objetó con ironía—. *Aún* no es el Dominador. Pero lo será alguna vez, usted lo sabe tan bien como yo. Ahora es, simplemente..., Lien.

—¿Lien?

—Es su nombre. Suena a oriental, pero no lo es. Le gusta llamarse así: Lien. Alguna vez no necesitará nombre alguno, salvo ese que usted ha citado: el Dominador. Dominará todo. El mundo, los pueblos, las razas, las naciones todas... ¡Será el más grande de los hombres de toda la Historia de la Humanidad, estoy segura! —rebosaba orgullo su voz.

—Bien, dejemos ese tema —cortó el enmascarado gris—. Soy uno de los especialistas de este Centro. El que dirige el tratamiento cromosomático de Lien, exactamente. También soy, lógicamente, su hombre de confianza. No fiaría en ningún otro, se lo aseguro. Me ha delegado para que les reciba. Fue orden directa suya la de permitirles llegar aquí sanos y salvos. Sus «detectores temporales» le hacen captar perfectamente cada situación peligrosa. Lo que para ustedes es rudimentario sistema de «viajas por el Tiempo», para él es algo muy simple. Ha logrado reunir en torno suyo a varios hombre de ciencia como yo, los mejores de la época, para iniciar la edificación de su futuro poderío. Entre todos, haremos invulnerable a nuestro futuro líder. Y haremos poderosa y eterna su autoridad y gobierno.

—No existe ningún Gobierno eterno —rechazó secamente Kirk—, Todo nace y muere. Debería usted saberlo, siendo hombre de ciencia. No creo que pueda esperar crear aquí un ser inmortal, por mucha que sea la regeneración racial del individuo.

—El principio está en hacerle más hermoso, más blanco, más perfecto y más gigantesco que ningún otro —replicó el encapuchado, encogiéndose de hombros—. Luego, nuestra ciencia encontrará el medio de hallar la inmortalidad humana. Al menos, para él, esté seguro.

—No lo lograrán —rechacé yo—. El mundo no puede sufrir una pesadilla sin fin.

—Dejémonos de especulaciones sobre el futuro. Estamos en el año 2005, y es el presente el que cuenta ahora. Es *nuestro* presente en estos momentos. Solamente esos hombres que les capturaron, pertenecen al auténtico Futuro del Dominador. Nosotros, todos, debemos seguir viviendo nuestra existencia cronológicamente, al margen de todo lo demás. Ahora, Lien tiene veinte años y está convirtiéndose en lo que será alguna vez. Sin embargo, él *sabe* lo que sucederá y sabe quién es usted y lo que hace ahora aquí. Sabe que si tuviera éxito en su misión, el futuro ya no sería el que debe ser. Todo se alteraría, y las consecuencias serían imprevisibles. El futuro se disolvería en la Nada, para convertirse en otro diferente. Sus raptores se esfumarían porque *nunca habrían s.ido lo que son.* El Dominador jamás llegaría a ser lo que será. En suma: depende de su propia eliminación, Stan Zodiak, de su muerte inmediata y sin remisión, que los hechos sean como deben ser, y el destino de la humanidad no sufra alteración alguna en un momento crucial de los acontecimientos. Solamente su petición de parlamentar le permite estar aquí ahora. ¿De qué desea parlamentar?

—Quiero hacerlo personalmente con él. Con el Dominador. Con Lien.

—Imposible. Nosotros somos sus parlamentarios —me dijo secamente Zara, su prometida—. Pase y hablaremos. Le concedo cinco minutos. Sólo dispone de diez minutos de vida en total. Tendrá que aprovecharlos, si quiere exponernos algo importante para su persona. Pero no espere convencernos en absoluto. No verá personalmente a Lien bajo ningún pretexto. Ni el profesor Gark —señaló a su compañero, el encapuchado—, ni yo, le permitiremos semejante cosa. Ahora, ya está advertido. ¿Cree que vale la pena aprovechar esos diez minutos... o terminamos de una vez con todo esto?

—No, Zara —sonreí fríamente—. Creo que vale la pena agotar esos minutos.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Muy sencillo. Porque, pese a todo, la vida de Lien está en mis manos.

—¡Usted delira! —y soltó una agria carcajada de burla.

—Piense lo que quiera. Puede ordenar que vengan sus esbirros del futuro, y disparen sobre nosotros. Mi muerte significará la muerte inmediata de Lien, esté donde esté.

—Eso es un disparate. No va a convencer a nadie con él, Zodiak —rechazó el llamado profesor Gark—, Es físicamente imposible matar a Lien, y menos muriendo usted.

—¿Por qué no me escucha esos cinco minutos, Zara, y se convence? —insistí, sin abandonar mi serena, tranquila, sonrisa de superioridad.

Ellos cambiaron una mirada, entre escéptica y malhumorada. Luego, en silencio, se hicieron a un lado. Nos invitaron a pasar, con un gesto. Tomé a Kirk de un brazo, y echamos a andar, hasta hallarnos en una cámara cuadrangular, de blancos muros y fuerte luz cruda, cayendo verticalmente sobre nosotros. Los muebles eran cristalinos, asépticos, de un material plástico que se hundía muellemente al acomodarse en él. Nos sentamos Kirk y yo. Ellos permanecieron en pie ante nosotros. El profesor Gark se despojó de su caperuza, que depositó indolentemente en una estantería de material cristalino. Le contemplé, interesado.

Era un hombre joven, alto, de facciones agradables, ojos oscuros, pelo negro y tez levemente bronceada. Si querían crear una super-raza de albinos blancuzcos, él sería uno de los primeros que tendría que someterse a su procedimiento de regeneración cromosomática y celular, si quería sobrevivir junto a un ser como el Dominador. Pero me callé eso, mientras era ella, Zara, quien me interpelaba con cierta rudeza ahora, erguida ante mí, con ojos centelleantes, sus brazos apoyados en las caderas sinuosas. Sus pechos palpitaban con fuerza, bajo el tejido que se amoldaba a su cuerpo escultural.

—Y bien, Stan Zodiak, agente especial QY-1003 —recitó con frialdad—. Hable. ¿Qué tiene que sugerir a Lien? ¿Por qué quería hablar antes de morir? Lo que diga habrá de ser muy persuasivo, para que esta entrevista se prolongue más. Y el fin de esta charla significará su inmediata conducción al lugar que les ejecutarán. De modo que abrevie.

—Soy yo quien no tiene ninguna prisa en morir —reí.—. Pero de todos modos, pienso ser muy breve. Muy preciso. Me disgusta perder tiempo, incluso cuando de él depende mi vida o mi muerte, Zara.

—Entonces, adelante —me invitó, glacial.

Obedecí sus indicaciones. Fui adelante, como ella quería. Gark se colocó nuevamente su caperuza.

—Si me matáis, significará la muerte INMEDIATA de vuestro amo —dije fríamente—. ¿Cómo? Mediante un proceso especialmente creado para esta situación por nuestros servicios especiales científicos. Un hallazgo notable, devastador. La muerte a distancia. Y a placer.

—¿Qué significa eso? —preguntó, desdeñoso, el encapuchado.

—Significa que su paciente, Lien, morirá en el acto, al morir yo. Dentro de mi cerebro llevo injertada una célula imposible de extirpar por nadie que no conozca su procedimiento especial. Esa célula es inofensiva mientras yo vivo. Al morir, automáticamente, se convierte en un centro de energía destructora, que actúa movido por ondas mentales, reguladas electrónicamente a través de unas coordenadas Espacio-Tiempo. Entonces, establece la radiación contacto con la mente del Dominador… ¡y el cerebro de Lien estalla en mil pedazos instantáneamente!

Siguió un profundo silencio. Los dos me escuchaban atentamente, sin parecer dar el menor crédito a mis palabras. Kirk se mantenía expectante, sin perderse ninguna de las reacciones de aquellas dos personas, en cuyas manos estaban nuestros destinos.

Al final, Zara soltó una breve risa.

—Imposible —dijo.

El enmascarado lanzó a su vez una carcajada que ahogó el tejido de su caperuza.

—Es absurdo —remachó—. No tiene base científica. Se podría hacer, es cierto. Pero ¿cómo lograr que esas coordenadas electromagnéticas lleguen a coincidir EXACTAMENTE con un determinado cerebro, Zodiak?

—Ese es el gran secreto. Y también el gran hallazgo de la célula mental —expliqué con frialdad.

—No puedo admitirlo —rechazó de plano Zara—. Está burlándose de nosotros.

—¿Eso creen? —sonreí—. Podríamos hacer una prueba para comprobarlo.

—¿Prueba? —se interesó el encapuchado—, ¿Qué clase de prueba?

—Puedo, si lo deseo, justo en este momento, proyectar a distancia una parte de la fuerza energética de la célula injertada en mi mente. Y provocar en la persona sobre la que coinciden las coordenadas, un intensísimo, insoportable dolor de cabeza, súbito e irrefrenable. ¿No sería eso una evidencia concreta?

—Sí, lo sería —aceptó Zara, tras una indecisión. Miró a su compañero—. ¿Corremos ese riesgo?

—Conforme —aceptó él—. Comprobaremos inmediatamente si el paciente Lien ha sufrido ese dolor al que se refiere Zodiak. Si fracasa su demostración, Zodiak, significará que usted y su amigo de color van a ser exterminados inmediatamente. ¿Conforme?

—Sí, de acuerdo en todo —asentí—. Vamos allá.

—¿Necesita algo especial? —indagó Zara—. ¿Algún mecanismo, algún ingenio electrónico, tal vez?

—No —sonreí glacialmente—. Ya les dije que lo que llevo injertado en mi cabeza basta y sobra por sí solo. Necesitaré concentrarme.

—¿Se demorará mucho ese... dolor de cabeza en nuestro paciente? —quiso saber el científico encapuchado.

—No —negué—. Cuestión de segundos. No más de diez...

Se miraron de nuevo, encogiéndose de hombros. Era obvio que no creían una sola palabra del asunto. Yo me situé adecuadamente en un asiento. Cerré mis ojos. Esforcé mi mente, acumulando energía mental en la célula electrónica que me había sido aplicada al iniciarse este caso. Y esperé. Esperé, con mi idea fija en una persona. En alguien muy determinado...

Luego, noté que irradiaba energía de mi mente. Una oleada mental, materializada por conducto electromagnético, dirigida de forma concreta a otra mente...

El compañero de Zara emitió de súbito un agudo alarido. Abrí los ojos. Kirk miraba con estupor al encapuchado. Ella, con terror repentino.

El se aferraba la cabeza, como si le fuera a estallar, y se tambaleaba por la habitación, yendo y viniendo, mientras sus quejas se hacían más y más continuas.

—¡Ya basta, ya basta! —gritó ella, horrorizada—. ¡Detenga el experimento, deténgalo, Zodiak!

Pero yo no lo detuve. Seguí ejerciendo mi acción mental sobre aquel hombre. Hasta el punto de que su intolerable dolor de cabeza le hizo desprenderse, de un manotazo, de su caperuza.

Nos reveló un extraño rostro y un más extraño cabello... ¡Tenía media cara pálida y con cabellos blancos, lo mismo que su propia melena, partida en dos fases, una oscura y otra albina!

Supe que estaba frente a frente de Lien. Frente a frente del futuro Dominador...

* * *

—¡Maldito! —gritó Zara—. ¡Lo ha logrado! ¡Ha desenmascarado a Lien! ¡Sí, es él! ¡Deje de enviar ondas mentales sobre él!

Sonreía fríamente, Kirk, en guardia, contemplaba la escena. El sabía muy bien que todo esto no tenía nada de fantástico ni inverosímil. Muy sencillo, todos los agentes éramos dotados de placas así, para utilizar nuestro cerebro. Pero yo no podía causar daño a distancia, ni mucho menos provocar la muerte a nadie.

Me lo había jugado todo a una carta, sospechando la verdad: aquel encapuchado era el Dominador en persona. Y una simple oleada mental, a corta distancia, concentrada en él, había causado el golpe de efecto.

Pero Zara creo que había adivinado también la naturaleza del suceso, porque de súbito presionó un llamador en el muro, y gritó, señalándome con gesto airado:

— ¡Miente! ¡Miente en todo! ¡No es un ingenio para matar! ¡Sólo un catalizador de ondas mentales a corta distancia! ¡Lien, sospechó que eras tú, y te atacó, para descubrir tu identidad! ¡Eso es lo que hizo!

—De todos modos, correremos el riesgo —silabeó mi enemigo mortal—, ¡Matad a Zodiak!

Y eso se lo decía a cuatro encapuchados de la Muerte Negra que aparecían, metralleta en mano, en la puerta de la cámara aséptica.

Esta vez, Kirk me miró, comprendiendo que no había salida posible. Aquello era la muerte. El exterminio, a veinte años de distancia de nuestro propio lugar en el Tiempo.

FINAL

Pero yo no estaba de acuerdo con mi compañero. Todavía no.

Existía una posibilidad de supervivencia, e iba a utilizarla, con todas sus consecuencias. Era la única forma de intentar la salvación en tan apurado trance. Y lo puse en práctica sin perder un solo instante...

Había sido despojado de todas mis armas visibles, pero para un miembro de la SID, como era yo, siempre existía algún triunfo escondido del que echar mano, llegado el momento. A veces resultaba, y a veces no. Esta era una ocasión en que había que ponerlo a prueba todo, hasta el último instante.

Con rapidez, arranqué de mis cabellos una delgada lámina transparente, en la que nadie había fijado su atención, por ser casi invisible. Además, era refractaria a cualquier detector de metales o de cuerpos electromagnéticos. Y, sin embargo, era un arma muy eficaz.

La arrojé con celeridad a los pies de Lien y de Zara, la siniestra pareja en cuyas manos estaba nuestro destino. Se elevó una violenta llamarada. Zara gritó, llevándose las manos a los ojos:

— ¡Estoy ciega! ¡Estoy ciega...!

Lien *el Dominador,* logró, sin embargo, protegerse de aquel fogonazo violento, temiendo que fuesen los ojos los dañados por sus efectos, como así era. Para ello, saltó elásticamente, lejos del lugar donde brillaba el fulgor cegador. Pero un momento antes, había dado orden a sus hombres de disparar mortalmente contra nosotros.

Y ellos también estaban medio cegados por el fogonazo.

Fue uno de los encapuchados de la Muerte Negra el

que, asustado por la llamarada, se precipitó, pensando que podía cegar y quedar inutilizado para la lucha.

Por ello disparó a destiempo. Su temible arma llameó... ¡contra él propio Lien *el Dominador*!

Fue terrible. El cuerpo del futuro tirano del mundo sufrió una convulsión tremenda, el fuego azul le envolvió, abrasándole y desgarrando su cuerpo violentamente. Zara, cegada por la llamarada, ni siquiera vio morir a su amante, el futuro líder de la tiranía en el mundo.

Lien cayó a nuestros pies, envuelto en el fuego azul de la muerte. Pudimos ver, bajo sus ropas abrasadas, la piel de su espalda... en la que aparecía una extraña señal, una marca de nacimiento, en forma de una borrosa letra D mayúscula...

Quizá era el destino. El futuro que no se cumplía, pero al que estuvo predestinado el hombre llamado Lien. La letra «D» del Dominador...

Y, sin embargo, nunca llegaría a serlo. Estaba muriendo, ante nuestros ojos, en el año 2005... Veinte años antes de alcanzar su dorado sueño de grandeza y de poder.

—¡Kirk, ahora intentemos el traslado temporal! —avisé, mientras veía, como en un sueño, que desaparecían de nuestra vista, como volatilizados en el vacío, los cuatro enmascarados de la Muerte Negra—. ¡Nuestra misión ha terminado!

—Pero..., ¿por qué esos hombres... se evaporan, Stan? —quiso saber Kirk.

—Es lógico... Ellos vinieron del futuro. De un futuro donde

había un Dominador... Pero se ha alterado el curso de la historia. El Dominador no existirá nunca. Por tanto, tampoco ellos existen..., y al no existir, no pudieron llegar del futuro... El orden establecido se trastocó. Y lo que iba a ser... ya no es ni será.

Zara seguía tocándose sus ojos, cegados momentáneamente por el gas químico de mi arma defensiva. Sollozaba, llamando a Lien. Y su silencio parecía decirle bien a las claras, que Lien ya no existía, que ella estaba sola...

Kirk se pegó a mí. Mi célula mental permitiría el contacto con la computadora temporal del profesor Farantino...

Y así fue.

Momentos más tarde, volvíamos a saltar en el Tiempo, absorbidos por una onda misteriosa que nos arrancó del año 2005. Farentino nos había rescatado en su ingenio, y volvíamos a nuestra época.

La misión estaba cumplida. Todo había terminado. El mundo no moriría, América ya no iba a agonizar bajo la garra de un tirano superior...

* * *

—Misión cumplida, Stan...

—Sí, Opale. Misión cumplida. Se siente uno feliz cuando regresa tras una victoria así. Ni siquiera tuve que matar a un hombre. Sus propias armas le aniquilaron, en una extraña paradoja sobre Tiempo y Espacio, que quizá nunca llegue a entender del todo. Pero así sucedió, y así está bien todo.

—El Dominador se quedó en la nada, en el limbo de los seres perdidos, ¿no es eso?

—Algo así —asentí, sonriendo. Miré a Opale. Acaricié su mejilla —. Has debido sufrir mucho. Siempre preguntándote qué sucedería después, adonde me enviarían, para cumplir una misión tan terrible y tan difícil...

—Sabía que lo harías. Siempre he tenido fe en ti, querido…

Hubo un silencio breve. Luego, Opale oprimió mis manos con calor. Y susurró entre dientes, contemplando las estrellas sobre nuestras cabezas:

—Lástima que la dicha nunca sea completa… Ahora que podría sentirme totalmente feliz… Neil está con esa fiebre… Espero que no sea nada y se cure pronto…

—Sí —asentí, acercándome a la cuna—. No será nada, ya verás. Tendrás un sobrino fuerte, vigoroso y capaz de todo… Seguro que sí.

Llegué hasta su cuna Lo alcé en brazos, pese a que dormitaba. Besé su mejilla y sonreí. Una vaga, lejana aprensión volvió a mí. ¡Pensar que hubiera tenido que exterminar a un niño como él…!

—Duerme, Neil, querido —suspiré—. Hasta mañana… Pronto vas a tener un nuevo tío, que te enseñará a ser un futuro gran hombre, ya verás…

Le fui a depositar de nuevo en su cuna. Le cayó su ropita en parte.

—¡Qué torpe soy! —refunfuñé, empezando a envolverle bien—. Nunca seré un buen padre, cuando tengamos bebés, Opale…

Me interrumpí. Creo que, súbitamente, mi cuerpo todo se quedó helado. Sentí que un hormigueo glacial cosquilleaba en mi nuca…

La espaldita de Neil, el sobrino de Opale… aparecía desnuda ahora.

Tenía una rara marca. Una señal marrón . en forma de letra «D» mayúscula.

Y, de repente, recordé. Neil tenía ocho meses ahora… Neil… eran LIEN, leído al revés…

—Stan… ¿Ocurre algo con el niño? —se alarmó Opale, acercándose a mí.

—Oh, no, no, nada., —suspiré, dominando mi horror con dificultad.

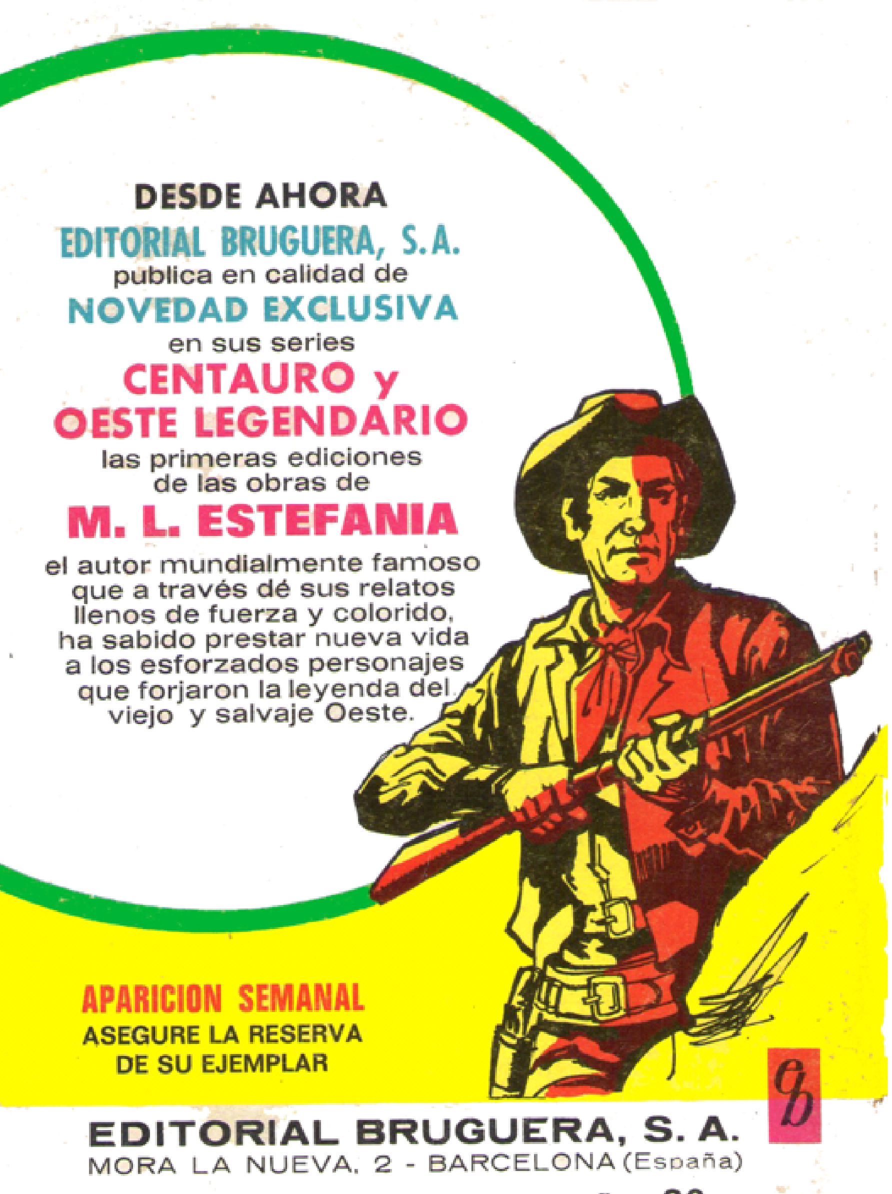
Dejé al niño en la cuna. Dormía feliz. Aún era sólo eso: un niño. Faltaban veinte años para… Traté de no pensar en ello. Tomé a Opale

de un brazo. La llevé fuera de la estancia,

—Vamos, querida. Vayamos a alguna parte… Tomemos algo… para celebrar el fin de la aventura…

Y nos fuimos. No quería pensar en nada. En Neil, menos que en ninguna otra cosa…

FIN



[1] ***Téngase en cuenta que, en inglés, la construcción de la frase es absolutamente opuesta. Las siglas SID corresponden, así, a Superior Investigation Department.***

[2] ***Alusión a la segunda parte del libro de Lewis Carrol «Alicia en el país de las maravillas». En este segundo tomo con igual personaje, Alicia penetra a través del espejo en otro «mundo del absurdo» como el anterior, lleno igualmente de sátiras y críticas a la sociedad victoriana que el autor caricaturizó cruelmente en su obra. (N. del A.)***